

Selección TERROR

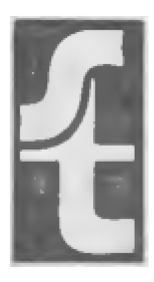
NOCHE DE HORROR Y MUERTE

Ada Coretti

NOCHE DE HORROR Y DE MUERTE

ADA CORETTI

Colección
SELECCION TERROR n.° 498
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 26.901 —1982
Impreso en España — Printed in Spain
1. a edición: septiembre, 1982
2. a edición en América: marzo, 1983

Todos los personajes *y* entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650)
Barcelona — 1982

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

493 — *En un lugar del Averno,* Adams Surray
494 — *El misterioso Martin Marks,* Clark Cañados
495 — *Damas bajo la lluvia,* Curtis Garland
496 — *Tormenta mental,* Lou Carrigan
497 — *Estirpe de vampiros,* Clark Carrados

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha había sacudido la cabeza,

No recordaba nada. Ni de dónde venía. Ni adónde iba. Ni siquiera quién era ella.

¿Qué hacía en aquel coche que se había estrellado contra uno de los árboles de la carretera?

Miró a su alrededor. No había casas. No se veía a nadie. Era un lugar despoblado.

Alzó la mirada hacia el sol. Este empezaba a desaparecer en un horizonte teñido de rojo. Teñido de un rojo tan fuerte que su color sugería inevitablemente la idea de un violento y sangriento crimen.

No obstante, el cielo se estaba poniendo cada vez más oscuro, más cerrado. Las nubes se iban apelotonando.

Instintivamente, la muchacha se llevó la mano a la cabeza, que sentía dolorida. Entonces comprendió que a causa del choque debía de haberse dado un golpe muy fuerte y que de resultas del mismo había perdido la memoria.

Sintió que se estremecía. Resultaba desolador y angustioso sentirse una extraña consigo misma.

Se echó una mirada en el espejo retrovisor, contemplando su imagen. Vio una espléndida cabellera de color castaño claro y dos ojos oscuros, preciosos, pero muy asustados.

En eso se dio cuenta, en medio de su aturdimiento, de su desconcierto, en medio de aquel no saber qué hacer ni cómo reaccionar, que en el dedo anular de su mano derecha llevaba un anillo con un soberbio diamante.

«Debo de ser rica», pensó. Allí estaba su bolso, en el asiento delantero, a su lado. ¿Cómo no lo había visto hasta entonces?

Enseguida sabría su nombre, quién era, lo suficiente, al menos, para no sentirse tan perdida.

Con manos agitadas y anhelantes, abrió el monedero y buscó su carnet de identidad.

«Jeanet Tammers».

«Nacida el 1 de Agosto de 1960».

En la fotografía sonreía. Ahora no se sentía con ganas de hacerlo. La verdad es que estaba asustada de aquella situación que le hacía sentirse como caída en un pozo hondo, muy hondo.

Observó la dirección anotada en el carnet de identidad. Era aquél un dato importante, primordial.

«Localidad de Kellintton. Small Avenue 44.»

A continuación, la muchacha intentó sacar el coche del tronco del árbol, donde el motor se había materialmente incrustado.

Fue inútil. No lo consiguió. Estaba claro que el coche iba a necesitar de la grúa.

Reparó, entonces, en que un papel doblado en cuatro asomaba por la abertura de su bolso.

Cogió el papel. Y leyó:

> Querida Jeanet:
>
> Te espero esta tarde, a eso de las seis, en el cementerio de Kellintton. Como sabes, está a la salida de la localidad, a unos dos kilómetros. Entras, sigues por el sendero principal y te detienes en el primer cruce. Enseguida apareceré yo.
>
> He obedecido tu orden, así que he matado a Stewart Monnig. Mañana será enterrado. Me queda otra orden por obedecer, ya lo sé... Pero antes de llevarla a cabo necesito verte. Necesito contemplar de nuevo esos hermosos ojos oscuros que me van a costar la salvación del alma.
>
> *Barón de Spellingsson.*

Jeanet se quedó temblando, tiritando, lo mismo que si acabase de recibir una ducha de hielo apenas derretido.

¿Habría leído bien...?

Por si acaso volvió a leer aquellas líneas. Pero no cabían dudas. Allí estaban. Clarísimas. Desde luego parecían formar parte de una auténtica locura, de una pura demencia. ¿Que ella, a aquel hombre que firmaba la misiva, le había pedido que matara a un tal Stewart Monnig?

Dejó de temblar. Dejó de tiritar. Empezó a sentir una angustia enorme, profunda, y se puso a sudar de arriba abajo.

Poco después parpadeaba, sorprendida. Se estaban mojando los cristales del coche. Llovía. Aunque no demasiado. Pero el cielo se iba ennegreciendo por momentos.

En efecto, al poco comenzó una aparatosa tormenta. El viento parecía llorar y sollozar contra los cristales de las ventanillas del coche, por las que ahora caían continuos chorros de agua.

Jeanet se dijo que no iba a poder salir de allí si las cosas seguían de aquel modo. En cuyo caso no podría acudir a la cita...

¿Conque tenía la intención de acudir?

Por descontado que sí.

Aquel hombre, el barón de Spellingsson, tenía que explicarle qué

significaba exactamente el envío de aquella misiva. Ella se resistía a creer que pudiera ser cierto lo que allí ponía.

Y para aclararlo todo, ¿qué mejor que dar la cara y pedir una explicación? Estaba en su perfecto derecho a no esconder la cabeza bajo el ala.

La tormenta empezó a ceder, a amainar. Afortunadamente antes de lo que parecía lógico esperar.

Poco después ya no llovía. El cielo se iba aclarando. Incluso por unos segundos se dejaron ver unos tenues rayos de sol.

Jeanet, en aquel momento, se percató de que se acercaba un coche.

Se apresuró a abrir la portezuela del suyo, saliendo a la carretera. E hizo señal de parada.

El coche que llegaba, a cuyo volante iba un joven de unos treinta años, se detuvo.

—Buenas tardes —saludó Jeanet. Y añadió—: Mi «coche ha quedado inservible. Lamento tener que molestarle, pero, ¿podría llevarme hasta...?

—Hasta donde quiera —hizo constar el joven, mirando a la muchacha con atención, sin duda opinando que era guapa de veras—. No faltaría más.

—Muchas gracias.

—Por lo que veo no está herida —comentó el joven—. Pues ha tenido suerte. Otros se matan con menos. Le han fallado los frenos, ¿eh? —Y acto seguido se presentó—: Mi nombre es Stuart... Stuart Dexter.

—Yo me llamo Jeanet... Jeanet Tammers —la voz de la muchacha apenas se oyó, le daba la impresión de estar presentando a otra persona.

—Ande, suba.

Ya ambos en el coche, la muchacha le preguntó al joven por Kellintton.

—¿Sabe si está cerca?

—No lo sé —contestó él—. Lamento no poder informarla. Pero preguntaremos en la próxima localidad, preguntando se va a todas partes —Soltó un silbido de admiración—. ¡Vaya anillo que lleva! ¡Despide más chispas que una hoguera!

—Sí, es bonito —murmuró Jeanet, más avergonzada que otra cosa.

—Es más que bonito —Y sentenció, seguro de no equivocarse—: Debe valer una fortuna.

—Supongo que sí...

—¿Cómo, sólo lo supone? Pues alguien ha tenido que pagarlo. Y sin duda ha sido su padre, tiene usted cara de hija de papá.

—Si usted lo dice...

Ella no sabía si aquel joven estaba o no en lo cierto. Ni siquiera sabía si tenía padre. Todo estaba cada vez más confuso en el interior de su cabeza.

«Tendría que ir a ver a un doctor ahora mismo —pensó seguidamente—, Pero no, en realidad no creo que sirviera de mucho —se corrigió a sí misma—. Se limitaría a decirme que padezco amnesia... ¿Y qué es exactamente una amnesia? El doctor me diría que puede ser causada por lesiones vasculares del encéfalo y por traumas cerebrales... Me diría que se observan también en las psicosis y en los estados de neuropáticos, enfermedades éstas en las que la falta de memoria actúa como un mecanismo de defensa... Sin duda que la amnesia sobreviene, a veces, a causa de un golpe violento en la cabeza... Sin duda éste es mi caso... Bueno, como sea, el ir al doctor no viene de unas horas... Ante todo debo acudir a la cita con el barón de Spellingsson.»

—¿Vive usted lejos? —oyó que le preguntaba el joven, cuyas manos, sobre el volante, se mostraban fuertes y enérgicas.

—En Kellintton. Small Avenue, 44 —contestó ella, repitiendo de carrerilla lo que había leído en su carnet de identidad.

—¿Vive en Kellintton, precisamente en Kellintton, y me ha preguntado hace unos instantes si sé dónde está? Oiga, ¿quiere tomarme el pelo?

—No, no, discúlpeme —se excusó ella, muy confusa. E improvisó —: Se trata de que no hace mucho que vivo allí, ¿comprende?

Le dieron tentaciones de contarle a aquel joven lo que le sucedía. Posiblemente le ayudaría. Pero no, por descontado que no podía sincerarse con un desconocido. ¡Era tan espinoso el contenido de aquella carta! Imprevisible saber en qué iba a acabar todo aquello. Totalmente imprevisible.

—Mire, aquí nos informaremos —dijo el joven un rato después, ya alcanzaban las primeras casas de una pequeña localidad.

Pero aquella localidad se les apareció desierta. Sin duda debido a las inclemencias del tiempo sus habitantes habían optado por retirarse a sus casas antes de lo habitual.

—Preguntaré a esa señora —repuso la muchacha, refiriéndose a una mujer gruesa que estaba cerrando la puerta de su tienda.

En realidad no había nadie más a quién preguntar.

El joven detuvo el coche y la muchacha se apeó. Cruzó la acera y se dirigió hacia la tienda.

—Por favor, ¿podría decirme si Kellintton para lejos?

—Esto es Kellintton —contestó la mujer.

—¡Ah!

—¿Qué dirección busca...? —se interesó la mujer.

—Bueno... yo...

Había reparado en una casa que se hallaba unos cincuenta metros más allá, al otro lado de la calle. Una casa elegante, magnífica, cuyos ventanales se hallaban profusamente iluminados. Se había quedado con la palabra en la boca.

Reparando en su sorpresa, pues era auténtica sorpresa lo que la muchacha había experimentado, pues en un lugar como aquél la categoría de tal casa no encajaba en absoluto, la tendera, comunicativa y amable, le hizo saber:

—Ahí vive el barón de Spellingsson.

—¿Quién ha dicho...? —Jeanet acababa de sentir un escalofrío culebreando por su espinazo.

La mujer se lo repitió. Aunque había de añadir, pues se trataba de explicar bien las cosas, no a medias.

—Bueno, ahí vivía. Lo cierto es que desde que sucedió la tragedia nadie sabe de su paradero, aunque se comenta que algunas noches vuelve por aquí, sin duda para ver a su hija. No sé si será verdad o no, lo único que puedo asegurarle es que los suyos siguen su vida. Ahora mismo están celebrando una fiesta.

—Se ha referido —dijo Jeanet— a la tragedia que... ¿Le importaría mucho contarme lo que sucedió? —la voz se le había hecho un hilo muy fino.

—Todo aquello fue horrible, espantoso —a la tendera le encantó tener que explicarlo—. Tan espantoso, tan horrible —ratificó— que quienes contemplaron el hecho aún sienten cómo la carne se les pone de gallina. Nunca en Kellintton había sucedido nada semejante. Pues verá... —pero había de detenerse, ofreciendo—: ¿Quiere pasar a la tienda? Aquí fuera hace mucha humedad.

—Me están esperando —repuso Jeanet, aludiendo al coche y a su conductor que, indudablemente, se estaría impacientando.

—Bueno, se lo contaré aquí mismo en pocas palabras —dentro o fuera, con humedad o sin ella, no iba a perderse la ocasión de referirse a aquel escalofriante suceso—. Pues verá... —había de decir de nuevo — el barón de Spellingsson, un hombre muy alto y delgado, de unos cuarenta años, se enamoró de una prostituta. Una prostituta a la que conoció en Londres, en un sucio e inmundo tugurio. Se enamoró tanto, que terminó jurándole que se divorciaría de su esposa y que se casaría con ella.

—¿Y...? —preguntó Jeanet.

—Su esposa se enteró de aquellas ilícitas relaciones y reaccionó violentamente, como era de esperar dado su carácter y habituales celos. En realidad la esposa del barón es una mujer que le lleva más de diez años a su marido y que ha vivido siempre con el complejo de su edad. ¿Qué sucedió después...? Con exactitud nadie lo sabe.

—¿No? —inquirió Jeanet.

—Bueno —corrigió la tendera— se sabe que una noche, cuando el barón de Spellingsson salía de su casa, se le acercó una mujer... Todos coinciden en decir que esa mujer era su propia esposa... En fin, fuera su esposa o no, lo cierto es que esa mujer destapó una botella que llevaba, derramó su líquido sobre el cuerpo del barón de Spellingsson y acto seguido le prendió fuego. El hombre, que no había terminado de salir de su asombro, ardió como una antorcha...

Jeanet se había quedado con los labios secos. Se pasó la lengua por ellos.

—Sus gritos desaforados, demenciales, horripilantes, yo creo que se oyeron en todo Kellintton —siguió diciendo la tendera—. Luego aparecieron varios vecinos y consiguieron apagar la antorcha... Le salvaron la vida. Pero quedó con quemaduras de tercer grado. Cuando le preguntaron quién había sido el causante de lo sucedido, no contestó... Por más que le preguntaron, no, no había de contestar... ¿A quién encubría? ¿A quién sigue encubriendo? Son preguntas a las que nadie ha podido aún responderse,

—Gracias por tomarse la molestia de contármelo —dijo Jeanet, comprendiendo que todo aquello estaba ya explicado, por lo menos hasta donde podía explicarse.

—No ha sido ninguna molestia —aseguró la gruesa tendera, sonriente.

—Oiga —terció la muchacha—, ¿sabe usted el nombre de esa prostituta de quien está enamorado el barón de Spellingsson?

—Claro que sí —Y le puso al corriente—. Se llama Jeanet... Jeanet Tammers. Dicen que es una chica guapísima.

* * *

—¿Se puede saber por qué ha tardado tanto? —le recriminó Stuart Dexter, visiblemente enojado su rostro de rasgos viriles—, ¿Qué le ha estado contando esa mujer? Si se descuida no acaba.

—Me ha dicho —eludió ella, las anteriores preguntas— que esto es Kellintton.

—Algo hemos adelantado. Bueno, ¿adónde la llevo? Ya no me acuerdo dónde me ha dicho que vive.

—Prefiero que me lleve a otra parte, si no le importa...

—De acuerdo. ¿Adonde? —y se dispuso a poner el coche en marcha.

—Al cementerio.

Se volvió hacia la muchacha con el entrecejo pronunciado. Con cara de pocos amigos.

—¿Qué ha dicho? —la increpó.

—Al cementerio —repitió ella—. Necesito hablar con una persona, ¿sabe? —Con los muertos no se habla, por lo menos yo siempre lo he creído así.

—Voy a hablar con un ser vivo —dijo ella—. Ya se comprende, ¿no cree?

—Y para hablar eligen el cementerio, y a estas horas, y con este día... ¡Vaya por Dios! ¿No han encontrado un lugar mejor?

—Resulta difícil de entender, me hago cargo...

—Yo no lo entenderé, pero usted está blanca como una muerta. Algo aquí no está nada claro.

—¿Va a llevarme o no? —quiso saber la muchacha.

—Si se empeña... Pero yo le aconsejaría que no fuera. Donde no se gana se pierde.

—Debo ir —aseguró Jeanet.

—De acuerdo. En marcha —y le dio al acelerador.

—Está a la salida de la localidad, a un par de kilómetros.

—Enseguida estaremos allí. A propósito —la miró con el rabillo del ojo—. ¿Cuánto tiempo tendré que esperarla?

—No será necesario que pierda más tiempo conmigo. Apenas me deje allí, puede irse tan tranquilo. Y muchas gracias por todo —e intentó, para quedar bien, esbozar una sonrisa.

—¿Que una vez que la deje allí puedo irme tan tranquilo? Tan tranquilo, ¿dejándola en el cementerio? ¿Pero qué clase de hombre cree usted que soy yo?

—Le agradezco su interés, pero, de veras, prefiero que se vaya. No sé... —reconoció— lo que tardaré en salir.

—Si la espero, lo averiguaré —había decidido no alejarse de allí sin ella—. Por cierto, ¿no le asusta un lugar como ése a una hora como ésta...? Dentro de poco será totalmente de noche.

—No me resulta agradable la idea —reconoció Jeanet—, pero me veo forzada a esa entrevista.

—Pero, bueno, ¿quién ha tenido el macabro detalle de citarla en un cementerio? Sin duda un fantasma.

—Es un ser vivo con quien tengo que hablar, ya se lo he dicho antes. —Me gustaría conocerle... —y concluyó— para cerrar bien el puño y darle un buen puñetazo.

—Ya estamos —le avisó ella.

Efectivamente, se hallaban ya ante la puerta de hierro del cementerio. Una tapia circundaba el recinto. Una tapia no demasiado alta sobre la que asomaban los cipreses.

Stuart Dexter se apeó del coche, dio la vuelta al mismo y abrió la portezuela a la muchacha.

—¿Quiere que la acompañe? —se ofreció—. Aventurarse sola, ya tan oscuro, por un lugar como ése...

—No es necesario que me acompañe —dijo Jeanet, mientras reparaba en la alta y recia estatura del joven.

—Al menos —repuso él— acepte mi impermeable, lo llevo en la parte de atrás —alargó el brazo a través de los asientos y lo cogió—. Puede que llueva de nuevo.

—Gracias.

Stuart le ayudó a ponerse el impermeable, que por descontado le quedó muy grande dándole cierto aspecto de espantapájaros. Pero de espantapájaros precioso, pensó Stuart Dexter, pues desde luego la chica era todo un bombón.

CAPÍTULO II

Entró en el cementerio.

Al principio bastante decidida. Pero conforme avanzaba entre las tumbas, nichos, cruces, inscripciones y cipreses, sus pasos se fueron haciendo indecisos y medrosos.

Aquello encogía el ánimo, achicaba el espíritu, hacía que una se sintiera cobarde.

No se veía a nadie. Lógico. La noche iba echándose encima, y por cierto a pasos agigantados, y por lo demás el día no estaba para llevar flores a nadie.

Obedeciendo las indicaciones de la misiva, Jeanet Tammers anduvo por el sendero principal, decidida a detenerse al primer cruce.

Pero sus pasos se iban acortando, así que el camino se le estaba haciendo insoportablemente largo.

Sí, se sentía muy cobarde. Tanto que nunca en la vida se había sentido tan pusilánime. Bueno, ella no recordaba el pasado, en realidad su vida resultaba muy corta. Pero bien mirado, ¿a santo de qué tener miedo a los muertos? Los pobres son inofensivos, de ellos no puede llegarnos ningún mal Pero, ¿era de ellos, de los muertos, de los que se estaban convirtiendo en polvo, de quienes la muchacha tenía miedo? No, ciertamente no era de ellos, aunque el lugar pudiera hacerlo presuponer así. Jeanet tenía miedo de aquella cita, de aquel hombre que la esperaba...

Oyó un ruido. Un leve ruido que no supo exactamente de dónde llegaba, pero que le hizo quedarse quieta, envarada, clavados los pies en la arenilla del sendero.

Luego recobró el movimiento y se atrevió a mirar a su alrededor, a derecha e izquierda. No, no había nadie. A su alrededor sólo existían sombras y niebla. Las inquietantes sombras de la noche y la espesa niebla que parecía querer dar a todo aquello un aspecto aún más tétrico y fantasmal.

Siguió avanzando. Tenía que llegar al lugar de la cita.

Un nuevo ruido llegó a sus oídos.

Alguien tenía que estar cerca de ella, no cabía pensar otra cosa, aunque instantes antes, al mirar en torno a sí, no viera a nadie. ¿Sería el barón de Spellingsson?

Esta vez no se había detenido. Por lo que había seguido adelante como si no hubiera oído nada. Pero por dentro le iba la angustia. Una angustia que apenas le permitía respirar.

Un minuto después, no obstante, fue realmente cuando experimentó la sensación de que se había quedado sin sangre en las venas. Sin una sola gota.

¡Acababa de aparecer ante ella un hombre muy alto y delgado, cuyo rostro se hallaba aterradoramente desfigurado!

Tuvo que esforzarse para que las rodillas siguieran sosteniéndola.

—Jeanet... —murmuró el hombre, y su boca quemada, deforme, llena de monstruosas cicatrices, se torció aún más.

—¿Es usted el barón de Spellingsson? —preguntó la muchacha.

—¿A qué viene eso ahora? —quiso saber él, y la voz le salió áspera y arañada—. Sabes de sobras quién soy.

—Sí, claro —admitió ella—. Sé de sobras quién... —y queriendo ponerse a tono con las circunstancias, con cuanto sabía, con cuanto había averiguado, inició el tuteo—. Sé de sobras quién eres.

—Soy el barón de Spellingsson, el hombre que por ti, Jeanet, es capaz de todo. Y bien te lo estoy demostrando, ¿no te parece? —adelantó unos pasos, quedando ya muy cerca de la muchacha.

Ella se dio cuenta, entonces, de que aquel rostro no sólo

A Jeanet se le revolvió el estómago. Incluso sintió ganas de vomitar. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no exteriorizar lo que experimentaba.

—Jeanet... —volvió a pronunciar el nombre de ella—, tengo motivos para aborrecerte, para odiarte. Sin embargo, te sigo amando... Y de tal modo, y hasta tal extremo, que por ti me he convertido en un asesino... Ya lo sabes por mi carta, ¿no? He acabado con la vida de Stewart Monnig. Le apunté en la cabeza y disparé a bocajarro. Le saltaron los sesos.

—¿Qué dices...? —el horror que Jeanet sentía se desbordaba dentro de su estremecido ser—. ¿Qué dices...?

—Hice lo que me pediste —dijo el barón de Spellingsson—. Cualquier cosa por tenerte contenta. No, no lo hice por mí. Yo no odiaba a Stewart Monnig. Era mi rival, él también estaba enamorado de ti, pero yo no le odiaba por eso.

—Me cuesta creer que la hayas matado... —era demasiado horrible aceptar la idea de que un hombre había muerto asesinado y de que la causante de tal hecho fuera ella.

Como también resultaba angustioso, acongojante, bochornoso, pensar que aquel hombre muy alto y delgado la había conocido en un sucio e inmundo tugurio donde ella no era más que una vulgar prostituta.

—Si me conocieras bien —repuso el barón de Spellingsson— no te costaría creerlo. Tus deseos son órdenes para mí. Aunque me pidieras el acto más aberrante, la acción más inmunda, el crimen más horrendo, no dejaría de llevarlo a cabo... Bueno —terció—, aunque

ahora tengas dudas respecto a mí fiel obediencia, pronto te convencerás de que no te he mentido. Así que llegues a tu casa te darán la noticia de lo sucedido y entonces, como es natural, tendrás que ir al chalet de Stewart Monnig a dar el pésame a su esposa. Allí te lo encontrarás, sin vida, con la cabeza destrozada.

—¡Oh, no! —gimió Jeanet. ¿Qué pasa? —pregunto el hombre, desconcertado—. ¿Acaso te arrepientes de la orden que me diste?

—Si, si… —asintió ella.

—No pareces la misma —repuso el barón de Spellingsson—. Pero sigues siéndolo… Tú no cambiarás nunca —su inicial desconcierto ya no existía—. Te has trazado un camino y no te detendrás por nada ni por nadie. En consecuencia. sé que debo volver a matar… No sólo te estorbaba Stewart Monnig. Ahora le toca a Joe Kellin, ese estúpido…

—¡No! — Jeanet elevó la voz. Angustiosamente había de añadir —: No quiero que ahora le toque a Joe Kellin… Déjale, déjale que viva…

—Te insultó ante todos aquellos invitados, cuando la fiesta estaba en lo mejor, ¿acaso ya no lo recuerdas? Te llamó furcia…

Jeanet no recordaba nada de aquella fiesta. Ni tenía idea de quién podía ser ese tal Joe Kellin. Como fuera, ella no quería verle muerto.

—Le he perdonado —dijo la muchacha.

—¿Perdonar tú? —y el barón de Spellingsson soltó una risotada —. Eso no lo has hecho en tu vida. Oye, ¿qué pretendes con este cambio de actitud? Un cambio que no te va…

—E reflexionado sobre mi vida —repuso Jeanet— y he llegado a la conclusión de que… —se quedó sin saber verdaderamente cómo proseguir.

—¿A qué conclusión has llegado? —barbotó él—, ¿A que fue un mal día aquel en que tú y yo nos conocimos? Qué, ¿se trata de eso? ¿Es a esto a lo que quieres llegar? —en este punto la voz del barón de Spellingsson volvió a hacerse áspera y arañada.

—Me has dicho que sigues amándome —observó ella, mientras su mirada, llena de horror, no podía apartarse de aquel rostro demencialmente deforme y desfigurado—. No puedo, pues, pensar que fue aquél un mal día…

Además del horror que experimentaba ante unas facciones tan monstruosas, lo cierto es que sentía miedo de aquel hombre de sus reacciones, de sus impulsos, de sus posibles arrebatos. Sentía un miedo enorme que amenazaba con no caber le dentro.

—Sabes de sobras que no voy a permitir que te cases con otro — aseveró el barón de Spellingsson—. Te amo, y mucho, y te lo estoy demostrando y estoy dispuesto a seguir demostrándotelo, pero antes de verte en los brazos de otro te mataría… —la voz, esta vez, le salió

terriblemente amenazadora.

—¿Serias capaz de matarme? —en el fondo de sí misma la muchacha confiaba en que el hombre se retractara de lo dicho.

No, no podía esperar semejante cosa viendo cómo relucían, entre las cuencas ensangrentadas y pustulosas, junto a los requemados y encogidos párpados, aquellos ojos que en otro tiempo debieron ser normales.

—Sería capaz de matarte —ratificó el barón de Spellingsson—. No lo pongas en duda. Pero espero que no me des motivos... Anda —adelantó sus manos enguantadas hasta el cuerpo de ella—, dame un beso...

Las manos también debían de haber sufrido graves quemaduras. Sin duda por eso las llevaba ocultas.

Pero Jeanet no reparaba en sus manos, sino en su rostro. ¡Era algo tan escalofriante, tan dantesco, tan aterrador! Sobre todo se fijaba en sus labios, húmedos y purulentos...

—¡No! ¡No me beses...! —exclamó sin poder contenerse, intentando apartarle, rechazarle.

Las manos enguantadas le agarraron por los brazos, férreas e implacables. Se sintió zarandeada.

—Sientes asco, repulsión de mí... ¿Es esto, Jeanet? ¡Respóndeme! —y siguió zarandeándola.

—No. te aseguro que no —dijo la muchacha, mientras creía que iba a perder la razón, por lo menos estaba deseando gritar como una loca.

—Entonces, ¿por qué no quieres que te bese? —y la voz volvió a salirle terriblemente amenazadora. Y sin esperar respuesta—. Yo te lo diré... Porque has olvidado con excesiva facilidad todo lo que me debes...

—No he olvidado nada —aseguró Jeanet, pero seguía resistiéndose a recibir la apasionada y a la vez espeluznante caricia—. Sé que me conociste cuando sólo era una mujer de la vida y que me ofreciste divorciarte de tu mujer y casarte conmigo...

—Te lo ofrecí, y estoy dispuesto a hacerlo.

Sólo de pensar que podía llegar un día en que tuviera que estar con aquel hombre en la cama, Jeanet sintió que la cabeza le daba vueltas, que todo se oscurecía a su alrededor. ¡Además, que aquella boca horrible estaba ya tan cerca de la suya!

—Y para demostrarte que mi amor era sincero —dijo el barón de Spellingsson— te regalé el anillo que llevas. No sólo vale una fortuna, sino que perteneció a mí madre. Mi padre se lo regaló el día que se unieron en matrimonio.

—Es un anillo maravilloso... —ponderó Jeanet, pero sin énfasis, sin viveza, sin vehemencia ninguna.

—Deja que te bese… —insistió, y con sus manos enguantadas le costó poco, quieras que no, atraerla hacia sí.

Cuando Jeanet sintió en sus labios el contacto de aquellos otros, no pudo resistirlo, se desplomó, se desvaneció por completo.

En brazos del barón de Spellingsson quedó el cuerpo exangüe de la muchacha.

* * *

Stuart Dexter había permanecido durante varios minutos junto al coche, frente a la puerta del cementerio.

Pero no las tenía todas consigo, así que permaneció con el oído atento, dispuesto a percibir cualquier voz que, más alta de lo normal, pudiera sonar dentro de aquel recinto.

No obstante, pronto se convenció de que si la muchacha se adentraba excesivamente en aquel lugar él no podría oírla ni aunque gritara. Por lo que decidió seguir sus pasos. Lo haría a distancia, discretamente, pues se trataba de que su presencia no pudiera ser advertida por la persona que había citado a la muchacha. Si le veía, quizá no se dejara ver creyendo que aquello era una encerrona. Sin duda interesaba que Jeanet llegara sola.

Stuart lo hizo tal como acababa de pensarlo. No podía dejar al albur lo que pudiera o no suceder a la muchacha.

Ya en el interior del cementerio, no tardó en ver cómo Jeanet Tammers, con pasos cortos, indecisos, caminaba por el sendero principal. Aunque la noche se estaba echando encima, aún había la suficiente claridad como para que las siluetas se destacaran con cierta facilidad.

Al ver que un hombre muy alto y delgado aparecía ante la muchacha, él se detuvo, y se agachó, quedándose oculto tras la lápida de una tumba.

Desde allí no pudo, sin embargo, oír lo que hablaban. Lo que desde luego era una lástima. Aquella conversación tenía trazas de ser sumamente interesante.

En fin, se trataba ante todo de vigilar a la chica, de tener la seguridad de que no le pasaba nada malo.

Cuando se dio cuenta de que el hombre pretendía besar a Jeanet, estuvo por intervenir sin esperar más. Pero se lo pensó mejor. No debía hacerlo a menos que resultara imprescindible. Que aquella entrevista llegara normalmente a su término, podía significar algo básico, primordial. Debía tenerlo presente.

No obstante, al ver que el cuerpo de la muchacha se desvanecía entre los brazos de aquel hombre, Stuart ya no vaciló. Comprendió

que había llegado el momento de dejarse ver.

Se enderezó, avanzando hacia ellos. Hacia el hombre muy alto y delgado cuyo rostro no podía ver bien, y hacia la muchacha que seguía sin volver en sí.

Sus pasos fueron oídos. Esto quedó claro, pues el hombre muy alto y delgado, tras unos breves instantes de indecisión, optó por dejar en el suelo el cuerpo desvanecido de la muchacha, quedándose él, así, libre de movimientos para huir de allí.

Que se trataba de una huida no cabe ponerlo en duda, pues echó a correr como si le persiguiera una legión de diablos.

Stuart Dexter pudo darle alcance, o pudo al menos intentarlo. ¿Pero a santo de qué iba a hacerlo y para qué? Él no estaba al corriente de nada de lo que ese sujeto y la muchacha se llevaban entre manos, ni era quién, en realidad, para tomarse por su cuenta un trabajo que nadie le había solicitado que hiciera.

Además, que no iba a dejar allí, en el suelo mojado, a la muchacha. Daba no sé qué ver a la pobre chica en aquel modo.

Se inclinó hacia ella, incorporándola

Jeanet siguió con la cabeza echada hacia atrás, sin recobrar el conocimiento. No estuvo así mucho tiempo, aunque sí el suficiente para que Stuart, mirándola con atención, pensara que era la muchacha más guapa que había conocido.

Finalmente Jeanet entreabrió los párpados.

Al ver que ya no tenía ante sí aquel rostro monstruoso, y al ver, por lo demás, que quien la sostenía entre sus brazos era Stuart Dexter, aquel joven tan atlético y viril, no pudo contenerse e impulsivamente se apretujó contra su pecho.

—¡Oh, ha sido horrible! —exclamó.

—¿Qué es lo que ha sido horrible? —preguntó él.

—Ese hombre... —susurró la muchacha.

—Le he visto de lejos —repuso Stuart—. Pero, bueno, ¿qué le pasa de especial a ese hombre? —pero pensó que no era aquél el mejor momento de hacer preguntas, así que no se esperó la respuesta —. Ande, póngase en pie.

La muchacha se levantó.

Lo hizo con cierta facilidad porque Stuart la había cogido por un brazo, ayudándola.

Poco después volvían a estar en el interior del coche.

—¿Por qué se ha desmayado? —quiso saber él, tras cerrar la portezuela.

Se quedó mirando a la muchacha.

—Ese hombre me ha asustado tanto... —confesó la muchacha.

—Si me explica en qué lío está metida, porque está metida en un lío, y gordo, quizá yo pueda ayudarla —y añadió, sin duda queriendo

que se sincerara con él—. Tal vez le interese saber que soy detective privado.

—¿Detective privado? —se sorprendió Jeanet.

—Eso he dicho.

—Pues yo… francamente… no sé… —vaciló la muchacha.

¿Cómo iba a explicar a aquel joven quién era ella y en los sucios tejemanejes que estaba metida? Imposible. Hacerlo hubiera significado ponerle al corriente de su baja catadura moral y de sus instintos crueles y asesinos que habían marcado su vida, su pasado. Aunque lo cierto es que no recordaba nada de ese pasado. Para ella no era otra cosa que una hoja en blanco.

—Dígame lo que le pasa —insistió Stuart.

—No puedo —contestó ella tras unos instantes en que se cubrió el rostro con las manos—. De verdad que no puedo.

—¿Por qué no?

—Tal vez en otro momento… —y antes de que el joven opusiera algo—. Por favor, llévеme a mí casa. Necesito descansar.

—Como quiera —cedió Stuart.

Pronto estuvieron ante una casa de planta baja y un piso. A tal casa correspondía la dirección anotada en el carnet de identidad.

—Gracias por todo —repuso Jeanet—. También por esto —y le devolvió el impermeable.

—Quedo a su disposición —repuso él—. Y le digo esto porque dos manzanas más allá he visto un hotel. Pasaré allí la noche. En consecuencia, si me necesita para algo ya sabe dónde puede encontrarme. ¿De acuerdo?

—Sí —asintió ella, no pudiendo menos de pensar que, en el peor de los casos, resultaría un gran alivio poder ir a buscarle.

—No lo olvide.

—Por descontado que no —quiso sonreírle.

Pero fue la suya una sonrisa que, muy a pesar suyo, decayó lamentablemente en la comisura de sus labios.

No, no era de extrañar que fuera así. Jeanet se sentía inquieta, turbada y sobrecogida ante la nueva o nuevas incógnitas que sin duda iban a abrirse ante ella.

¿A quiénes encontraría en la casa?

¿Qué le esperaba allí?

* * *

Apenas estuvo en el interior de la casa, su horror fue inmenso, ilimitado. Lo que sus ojos estaban viendo era como para que el ser más cuerdo perdiera la razón.

De la lámpara del vestíbulo pendían colgados por el cuello tres

personas. Un hombre, una mujer y un niño de unos diez años.

¿Cómo podía la lámpara soportar tanto peso?

Como fuera, allí estaban los tres cadáveres, las manos atadas a la espalda, ya fríos, rígidos, con los ojos elevados hacia el techo y las lenguas muy largas cayendo hacia el suelo.

En aquel momento, desde una de las habitaciones contiguas, le llegó el llanto de un niño, un niño sin duda de pocos meses.

Ya allí, en aquella habitación, vio a un negro de más de dos metros de estatura inclinado sobre una cuna. Los rasgos del negro eran feroces. Acababa de poner una soga alrededor del tierno cuello del niño.

La muchacha chilló histéricamente.

—¿Por qué chilla...? —le reprochó el negro.

—Tres muertos en la lámpara... Y ahora esta soga en el cuello del niño...

—Son las órdenes que de usted hemos recibido —afirmó el negro.

—¿Quéeeee...? —gimoteó ella—, ¿Que yo...? ¡Imposible! Yo no he podido... —y sacando alientos no sabía de donde—: Deje tranquilo a ese niño.

—¡No! —se negó el negro—. Le ahorcaré como a los de más. Así serán cuatro colgando de la lámpara...

—Déjele tranquilo —suplicó, llenos de lágrimas sus ojos.

—¡No! —volvió a negarse.

Encima de un pequeño mueble vio unas tijeras. Eran unas— tijeras muy grandes. No quiso pensar. Tenía que actuar. Debía impedir aquel nuevo crimen.

Las cogió, entreabriendo sus puntas, y descargó un golpe terrible, contundente.

No pudo clavar las tijeras en el pecho del negro porque éste tenía una talla descomunal. Pero le hirió en el estómago, y el negro, vencido por el dolor, se dobló sobre sí mismo.

Entonces aprovechó la ocasión para seguir dándole frené ticamente. Y le dio tantas veces, y en tantas partes distintas del cuerpo, que el negro acabó agujereado por cien lugares distintos.

Le salía una sangre muy roja, que contrastaba curiosa y siniestramente con la negrura de su piel...

* * *

Nada de todo, eso había sucedido. Claro que no. ¿Acaso en este mundo pueden suceder cosas así?

Pero el pensamiento de Jeanet muy asustado, le gastó la macabra y espeluznante broma de imaginar que todo eso podía, tal vez,

esperarla allí, en cuanto abriera la puerta de su casa.

Se había visto, por unos segundos, envuelta en el torbellino de unos hechos inexistentes, no por ello, todo hay que decirlo, menos intensos y vivos.

Pero no, nada de eso había sucedido. Respiró aliviada.

De momento al menos...

CAPÍTULO III

No tuvo necesidad de sacar las llaves del bolso. Ni siquiera eso. Se abrió la puerta y apareció la doncella, exclamando

—¡Qué desgracia, señorita! Acabo de enterarme... Estaba esperándola para decírselo... ¡Oh, qué desgracia!

La doncella era una joven muy poco agraciada físicamente, de unos veinticinco años. Su estrecho rostro se afinaba hasta acabar en una barbilla diminuta, casi inexistente.

—¿Qué sucede...? —preguntó Jeanet.

Estaba recordando las palabras del barón de Spellingsson Le habla dicho que apenas llegara a su casa sabría de 1a muerte de Stewart Monnig.

—¡Han matado al señor Monnig! —gimoteó la doncella— Alguien le ha disparado, volándole la tapa de los sesos. Ha encontrado el cadáver esta mañana, en el descampado que hay cerca de su chalet... No se sabe quién ha sido.

Jeanet quiso mostrarse sorprendida por la noticia recibí da. Pero no acertó a fingir. Por lo menos no acertó a hacer lo en la medida deseada.

—¿Quiere que le sirva un whisky, señorita? —le ofreció la doncella—. Sin duda le ha afectado mucho la noticia.

—Sí, claro que me ha afectado —dijo ella—. Pero no hace falta que me sirvas ningún whisky.

—¿No? —se sorprendió la doncella. Y se permitió opinar—: Pues usted siempre bebe un whisky, o varios, cuando pasa algo extraordinario, sea bueno o malo.

Jeanet comprendió que aquella doncella feúcha la conocía bien. Así que pensó que podía resultarle muy útil conversar un poco con ella. Le dijo:

—Tienes razón, me gusta recurrir a los whiskies. Sírveme uno —y tras seguir a la doncella, que se había dirigido rectamente a un pequeño y coquetón saloncito, hasta el mueble bar, Jeanet agregó—: Sirve otro para ti... Y charlemos... Me gustará saber qué opinas tú de todo esto...

La doncella sirvió dos whiskies, con naturalidad, dando la impresión de que no era aquélla la primera vez que Jeanet le ofrecía compartir un trago.

—No me gusta este asunto —dijo acto seguido la doncella—, Un crimen es algo muy peligroso. Enseguida interviene la policía y...

—Estás recelando de alguien, ¿verdad? —inquirió Jeanet—. Dime de quién.

—¿De quién va a ser...? —y manifestó—. Del hombre que, a mí juicio, la ama a usted demasiado... Sabe de sobras a quién me refiero, ¿no? Al barón de Spellingsson.

—¿Por qué iba a ser él el asesino? —preguntó Jeanet.

—El señor Monnig estaba enamorado de usted, y ya es cosa sabida que el barón de Spellingsson no admite rivales...

—Me cuesta aceptar tu sospecha —observó Jeanet tras mojar los labios en el whisky.

—Una sospecha tal vez equivocada —admitió la doncella. Pero tras una pausa agregó—: Mi padrastro, ya lo sabe usted, se pasaba el día dándome gritos: «¡Límpiame los zapatos, idiota! «Sírveme la comida, estúpida.» «¡Friega los platos de una vez, boba redomada!» Siempre igual, siempre hiriéndome los oídos con sus gritos y sus insultos... Nunca se dirigía a mí por mi nombre. Casi llegué a olvidarme de que me llamaba Bárbara.

Jeanet pensó que algo al menos había ya averiguado. Su doncella se llamaba Bárbara.

—Pero yo aseguraría, señorita Jeanet —continuó diciendo—, que no soy tan idiota, ni tan estúpida, ni tan boba como creía mi padrastro, y que estoy en lo cierto. Stewart Monnig estaba enamorado de usted y lo ha pagado caro. —Siéntate frente a mí, Bárbara —ella a su vez acababa de ocupar un silloncito—, y dime lo que opinas de los hombres que hay en mi vida. Y dime también la opinión que yo misma te merezco. Háblame con absoluta sinceridad, te lo ruego.

—Si me pide sinceridad —dijo Bárbara— me veo obligada a no negársela. Le debo mucho, a no ser por usted seguiría con mi padrastro, un hombre mezquino que sólo sabía maltratar a mí madre y gritarme a mí. De todos modos —puntualizó la doncella, cuyo estrecho rostro se afinaba hasta acabar en una barbilla diminuta, casi inexistente—. Creo que si soy enteramente sincera se va a molestar conmigo.

—Prometí do que no —aseguró Jeanet—. Anda, habla...

Y quedó expectante. Las palabras que iba a oír sin duda le servirían de brújula, para saber, por lo menos, en qué dirección debía ir.

Le estaba haciendo falta una ayuda, aunque, de momento, sólo fuera eso. Sin recordar nada, ni a nadie, nadaba perdida en un mar que se estaba agitando por instantes.

—Ya que usted me pide sinceridad... —empezó a decir Bárbara, y de un modo maquinal se pasó las manos por el bonito delantal blanco que destacaba sobre el uniforme oscuro—. Pues bien... —prosiguió—, desde que la conocí a usted yo me dije que una muchacha tan guapa

no tardaría en encontrar a un hombre rico que la sacara de todo aquello... Aquel sucio e inmundo tugurio, donde buscaba clientes, no, no era para usted... En efecto, no tardó en presentarse ese hombre... Un hombre de mediana edad, elegante, el barón de Spellingsson... Pero apenas le vi de cerca, sentí que en mi interior algo se estremecía. Tuve el convencimiento de que, a pesar de lo fabulosamente rico que era, usted no había tenido suerte al dar con él.

—¿Y eso por qué? —preguntó Jeanet.

Un modo como otro de indagar, de querer saber lo que todavía ignoraba.

—Su vida iba a cambiar —siguió diciendo Bárbara—, esta casa, coche, lujos, servidumbre... Me ofreció el puesto de doncella a mí —sonrió—, sabía que yo no hacía otra cosa que quejarme de la perra vida que me veía obligada a llevar. A lo que iba —apuntó Bárbara—, apenas vi de cerca al barón de Spellingsson, temí por usted... Un hombre como él sólo podía traerle desgracia.

—Con el tiempo, ¿has cambiado de parecer? —quiso saber Jeanet.

—Al contrario. Aunque he de reconocer que usted le hizo aquello, reaccionó mejor de lo que esperaba...

—¿Qué es lo que le hice? —preguntó Jeanet. Pero no quiso que su doncella se diera cuenta de que no recordaba nada, absolutamente nada, y amplió, bromeando, para despistar—: Le he hecho tantas, que no sé exactamente a cuál te refieres...

—No bromee, señorita Jeanet —a la doncella el tono le salió trémulo. Sin duda para animarse se llevó el whisky a la boca, bebiendo por primera vez—. Aquello fue horrible, espantoso... Sí, ya sé que usted tenía motivos para indignarse, un malentendido le hizo creer que él se negaba a divorciarse de su esposa... Y claro, le había prometido casarse con usted... Comprendo su indignación y admito que perdiera la serenidad, claro que sí... Pero no, no hasta aquel extremo...

—Hasta aquel extremo... —repitió Jeanet, estremecida hasta los huesos, sintiendo que algo alucinante, horrendo, atroz, se ocultaba tras esas tres palabras.

—No debió echarle encima el contenido de aquella botella, ni debió prenderle fuego... ¡El desgraciado ardió por los cuatro costados!

—¡No! —exclamó Jeanet, horrorizada, sintiendo que su corazón le martilleaba de un modo espantoso.

—Fue así —dijo la doncella— y yo la vi. Usted sabe que yo la vi. Pero no se preocupe, yo nunca se lo diré a nadie. Puede confiar conmigo.

—Gracias... —musitó Jeanet, pero sin conseguir que se serenara el loco martilleo de su corazón.

Acababa de comprender por qué el barón de Spellingsson le había dicho que tenía motivos para aborrecerla, para odiarla.

—Creí —repuso seguidamente la doncella— que la reacción del barón de Spellingsson sería de temer... ¿Cómo no creerlo así? Pero no. la perdonó. Con tal de que no le negara su amor... Fue entonces cuando le regaló el diamante que ahora luce... Un maravilloso anillo, cualquier mujer se sentiría orgullosa de poder llevarlo.

—Sí, es precioso —dijo Jeanet, mirándoselo.

—Desgraciadamente —añadió Bárbara— el amor del barón de Spellingsson no se limita a ser tolerante y generoso. Su amor tiene otra vertiente, es obsesivo, por lo que su instinto de posesión y exclusividad raya en lo que pudiéramos calificar de obsesión demencial... De ello —resumió— que no acepte tener rivales. De ello —repitió— que le estorbara Stewart Monnig. Es lo que yo pienso, señorita Jeanet.

—Ya veo que te reafirmas en la idea expuesta antes.

—Sí. Como creo que Joe Kellin será la próxima víctima.

Jeanet recordaba perfectamente lo que, respecto a Joe Kellin, le había dicho el barón de Spellingsson.

—0Qué opinas de Joe Kellin? —preguntó, mientras dejaba en la cercana mesita el vaso de whisky.

—Estaba borracho cuando la insultó, señorita Jeanet. De no ser así no la hubiera llamado furcia... El señor Kellin está enamorado de usted. Uno más a estarlo, pues en realidad, usted lo sabe, la lista es larga.

—No tan larga —dijo Jeanet, y volvió a quedar pendiente de lo que la doncella pudiera añadir.

Necesitaba ser informada de aquello, y de todo. Se sentía a la deriva, perdida en el vacío de su mente. Un vacío angustioso y desolador.

—Todos los hombres la desean, señorita Jeanet —dijo la doncella —. Lo que no me extraña, pues es usted muy guapa y atractiva. Incluso Mike está loco por usted...

—¿Mike? —no podía imaginarse quién podía ser el tal Mike.

—El mayordomo —repuso Bárbara, aunque debió considerar innecesaria la aclaración—. Por usted haría cualquier cosa. Siempre que no se tratara de nada malo, se comprende. Mike es la honradez personificada.

—¿Tú crees que por mí haría cualquier cosa? —quiso que la doncella añadiera algo más.

—Sí, lo creo —afirmó Bárbara—, Y lo cierto es que sufre profundamente viendo en la situación en que usted se halla. Se da cuenta de que quiere huir...

—¿Huir? —una nueva pregunta en labios de Jeanet, confiando

en una nueva respuesta.

—Sí, desea huir —asintió— porque el amor del barón de Spellingsson la tiene cada vez más bloqueada con sus exigencias. Pero yo de usted —le aconsejó Bárbara— me haría a la idea de transigir. ¿Que quiere divorciarse y casarse con usted...? Pues acéptele, no le rechace. Debido a esas horribles quemaduras es ahora un hombre repelente... Lo admito... Aun así, no le rechace y conviértase en su esposa... Piense en que usted le ocasionó esas quemaduras y resígnese... Lo contrario significaría para usted...

—¿Qué? —inquirió Jeanet.

La respuesta fue tajante.

—La muerte. Y no creo que tenga ganas de morir, ¿verdad? Morir es acabar, es el final de todo. Aunque si muriera —ironizó— no creo que la metieran en un simple nicho, sino en un soberbio mausoleo, pues el barón de Spellingsson quería para usted una última morada de lujo, de categoría. Pero eso no alteraría la situación. Usted estaría muerta. El la habría matado.

—Por favor, Bárbara, no exageres.

Pero estaba convencida de que no exageraba, de que le decía la verdad. ¿Cómo no iba a creerlo después de la escalofriante cita que había mantenido con aquel hombre en el cementerio?

—Bien, le he dicho lo que pienso, señorita Jeanet —resumió Bárbara—. Sólo me resta añadir...

—¿Qué?

—Debería ir esta misma noche a dar el pésame a la esposa del señor Monnig. La veo pálida, y parece muy cansada, señorita Jeanet, pero yo de usted no lo dejaría para mañana.

No vaya a ser que la esposa del señor Monnig sospeche...

—¿De qué va a sospechar? Anda, dilo.

Quiso saber lo que la doncella pensaba en tal sentido. Era importante este punto.

—Usted... usted... señorita Jeanet... —pero la doncella no dijo nada más, por lo visto no se atrevió a proseguir.

—¿Yo qué? —inquirió Jeanet.

—Usted odiaba al señor Monnig, ¿no es cierto? —la doncella no esperó la respuesta, dándola como afirmativa—. Usted odia a todos aquellos que se recrean recordándole su pasado... Y es lo que hizo el señor Monnig al verse rechazado por usted... En consecuencia, usted ha podido encargarse de que alguien acabara con él...

—¡Por favor, Bárbara! —protestó Jeanet.

Pero su protesta fue de boca para fuera. Por dentro no cabía la protesta, sino la angustia, la desazón. El propio barón de Spellingsson le había dicho que ella era la causante de aquella muerte.

—¿Cómo iba yo a encontrar a alguien dispuesto a...? —se

autodefendió.

—Si se lo hubiera pedido al barón de Spellingsson... —empezó a decir Bárbara—. En tal caso había sido obedecida de mil amores, me consta. Ya he aludido antes a ellos, el barón no acepta rivales... Hubiera podido, de una sola vez, obedecerla a usted y satisfacerse a sí mismo...

—Tu imaginación resulta excesiva.

—Yo no creo que usted sea capaz de una cosa así, claro que no —aseguró la doncella, y parecía convencida al así asegurarlo—. Pero debe procurar que no lo crea la ahora viuda de Stewart Monnig.

—Sí, debo ir.

Jeanet aceptó la sugerencia de la doncella. Tal vez en aquella casa, hablando con la esposa de Stewart Monnig, o con quien fuera, consiguiera averiguar o deducir algo.

Ella no podía aceptar resignadamente aquella macabra y tenebrosa realidad. Una realidad que parecía no tener salida.

—Me acompañarás tú. Bárbara —dijo seguidamente, con la máxima naturalidad posible.

De este modo sabría qué casa era la de Stewart Monnig. No tenía ni idea.

—¿Yo? —se sorprendió la doncella—, ¿Acompañarla yo?

—No estará de más que tú también des el pésame a la viuda —Y Jeanet añadió—: No cuesta nada quedar bien.

—Lo que usted diga, señorita Jeanet.

—Una vez dado el pésame, puedes regresar aquí. Yo me quedaré un rato.

—De acuerdo.

* * *

—Podemos ir andando, ¿verdad? —preguntó la doncella al poco de salir de la casa—. ¿O prefiere que cojamos el coche? A propósito —preguntó, mirando a derecha e izquierda—, ¿dónde está su coche, señorita Jeanet?

—He tenido un pequeño accidente, mañana me encargaré de que vayan a buscarlo. Sí, Bárbara, vayamos andando.

Había dado por descontado que si su doncella decía de ir a pie era que no había mucha distancia entre un lugar y otro.

En efecto, el chalet propiedad del difunto Stewart Monnig se hallaba relativamente, cerca. Por la parte de atrás daba a un descampado. Era en aquel lugar donde se había encontrado el cadáver.

Apenas en el interior de dicho chalet cuya puerta les fue franqueada por una vieja sirvienta, Bárbara se dirigió hacia una mujer

joven, rubia, que se hallaba en una espaciosa sala, hundida en un sillón. Vestía de negro y sus ojos mostraban huellas inequívocas de haber llorado.

No estaba sola. Le acompañaban varias personas, todas ellas con el gesto grave. Así evidentemente lo exigían las circunstancias. Bárbara dio el pésame a la mujer joven, rubia, y seguidamente se retiró.

Jeanet supo ya quién era la viuda del muerto. Así que se decidió a avanzar, dirigiéndose rectamente hacia la joven enlutada.

—Acabo de enterarme de lo sucedido —le dijo—. Es horrible, horrible... —y se inclinó para besarla.

Consideró que debía hacerlo así. Aunque ignoraba si la amistad o el trato existente entre ambas la obligaba o no a esa muestra de afecto. Como fuera, pensó, en un caso como aquél a nadie podría extrañarle demasiado que se dejara llevar por la lógica conmiseración del momento.

—¿Quién ha podido hacerlo...? —gimió la mujer joven, rubia—, ¿Quién...?

Jeanet tuvo la sensación de que la miraba con recelo, con desconfianza.

Pero no podía saber nada, así que Jeanet hizo como si no se diera cuenta de aquella mirada que, por lo demás, todo hay que decirlo, se le clavó dentro como si se tratara de un dardo.

Otras personas la saludaron y Jeanet correspondió a los saludos. Pero no recordaba a esas personas. Igual que si no las hubiera visto en su vida.

Todo aquello, indudablemente, estaba resultando muy desagradable y violento. Pero sujetaba sus nervios. Era preciso seguir adelante, y estaba dispuesta a hacerlo cualquiera que pudieran ser las consecuencias.

—¿Quieres verle...? —preguntó poco después la viuda, refiriéndose al muerto.

—Si —contestó Jeanet—. Deseo dedicarle una última oración.

—Como quieras... —pero no se levantó del sillón en el que seguía hundida y dijo—: Me faltan las fuerzas... Vete tú sola, Jeanet... Está en nuestro dormitorio... Tú ya conoces la casa... Por favor, discúlpame...

—Claro que sí, no te preocupes.

Vio cómo un señor mayor y un joven descendían la escalera hablando en voz baja, haciendo gestos pesarosos, y dedujo que, claro está, el dormitorio debía estar en el piso.

Se dirigió hacia la escalera.

Al poco la subía.

Tuvo la tentación de cogerse al pasamanos, pues sentía las piernas como hechas de trapo. Pero no, llegó arriba sin exteriorizar

que se sentía falta de fuerzas.

Ya arriba, avanzó por el pasillo. No sabía si sería a un lado, o al otro, donde encontraría el cadáver de Stewart Monnig.

Pero la puerta del dormitorio estaba abierta de par en par, así que, de pronto, se vio ante el hombre muerto. Un muerto metido ya en el ataúd, si bien la tapa del mismo no estaba aún colocada. El ataúd se hallaba en la antesala, rodeado de los ornamentos acostumbrados.

Jeanet había sufrido un estremecimiento, como un espasmo. Había tenido que sujetarse al marco de la puerta.

El cadáver, amortajado con un traje negro, correspondía a un hombre joven, cuya cabeza, a la altura de la frente, mostraba una escalofriante y profunda abertura, un espeluznante boquete. Se le veían los sesos. Parte de los cuales parecían querer escapar de su encierro.

El cadáver no tenía los ojos abiertos, aunque tampoco los tenía cerrados. Sus pupilas no terminaban de verse, pero éstas parecían mirar a través de sus párpados...

Cuando se rehízo de la primera impresión, avanzó un par de pasos. Pero Jeanet volvió a sobresaltarse terriblemente, notando que el estómago se le subía hasta la garganta. Hasta la mismísima garganta.

Le había parecido que aquellos párpados se movían...

Se fijó mejor, mientras los dientes le castañeteaban.

No, no se movían. Los nervios le habían hecho creer lo que no era.

Aquellos párpados seguían quietos, inmóviles. Tétricamente inmóviles.

Pero oyó como un crujido, como si unas uñas hubieran arañado la madera del ataúd y ya no le cupieron dudas. El cadáver se movía.

¿Pero cómo iba a estar con vida Stewart Monnig con aquel escalofriante boquete en la cabeza? Resultaba inadmisible Totalmente inadmisible.

Se dio cuenta, tras contener el aliento y mirar fijamente al muerto, que los nervios le habían hecho creer de nuevo lo que no era. El cadáver permanecía quieto, inmóvil. Tétrica mente inmóvil.

Retrocedió, volviendo hasta el pasillo. Recobraría la calma, o al menos una relativa calma, cuanto antes se alejara de aquel lugar.

Pero ya en el pasillo pensó que, dominada por sus escrúpulos, por sus aprensiones, por su miedo, no al muerto, sino a cuanto la rodeaba, se había olvidado de rezar. Y volvió sobre sus pasos, no sin ciertos reparos, ésta es la verdad.

De nuevo en la habitación, o mejor dicho en la antesala de la misma, un grito ahogado, estrangulado, salió de su boca.

¡El ataúd estaba vacío!

Se tambaleó de un lado para el otro creyendo que iba a caerse al suelo. Finalmente consiguió asentar sus pies.

Había desorbitado los ojos. Había desencajado la mirada.

—Hola, Jeanet…

El cadáver estaba en pie, ante ella, como si nada le hubiera pasado ni antes ni nunca. Acababa de dirigirle la palabra y le sonreía de un modo entre cínico y simpático.

—Oh, no, no… —jadeó la muchacha.

CAPÍTULO IV

Stuart Dexter había llegado al hotel, se había acercado al mostrador de recepción y había cogido habitación para pasar la noche.

Apenas se aseó un poco bajó al comedor a cenar. Pero no debía tener apetito porque los platos le quedaban a medias. Se estaba diciendo que debería estar en otra parte.

En cuanto se convenció de eso, no se lo pensó más, dejó la servilleta a un lado, echó atrás la silla y salió decididamente del hotel.

Se dirigió hacia su «Morris». Aunque Kellintton era una localidad de pocos habitantes, no era tan pequeña como para menospreciar las ventajas de un coche. Así que abrió la portezuela y se puso al volante.

En primer lugar se dirigió hacia la casa de Jeanet.

Pero al llegar vio toda la fachada a oscuras y dedujo que la muchacha se habría acostado ya.

Quiso, no obstante, asegurarse de que era así, y decidió quedarse un rato en la acera, a la expectativa. Encendió un cigarrillo. Antes se había levantado las solapas de la americana.

No hubiera estado de más que llevara puesto el impermeable. Podía llover de nuevo. El cielo se hallaba completamente encapotado. Pero con las prisas se lo había olvidado en la habitación del hotel. Bueno, eso era lo de menos. Lo importante era que pudiera sentirse tranquilo respecto a la guapa muchacha.

Estaba a medio cigarrillo cuando se iluminó una de las ventanas de la casa.

Stuart se quedó con la vista clavada en el rectángulo iluminado. Era preciso que viera si era la muchacha, u otra persona, quien estaba allí.

Durante varios minutos, empero, no vio a nadie. Luego sí. Una silueta de hombre, recia, fuerte, se recortó tras los cristales y las sutiles cortinas corridas.

Stuart vaciló un poco. Aunque no mucho, pues pronto se convenció de que no podía desentenderse de Jeanet hasta el día siguiente. Podía ser desentenderse por demasiado tiempo.

Sería mejor que averiguara si todo marchaba bien.

Lo que dudaba.

Se decidió a llamar a la casa.

Al poco la puerta se abría y en el dintel se dejaba ver el mayordomo, un joven de mediana estatura, recio, fuerte, de cabello color panocha. Sin duda el mismo cuya silueta apercibiera a través de

los cristales.

—Buenas noches —saludó Stuart.

—Usted dirá.

—Desearía hablar con la señorita Tammers... Jeanet Tammers... —Lo dijo con absoluta naturalidad.

—No está, señor —fue la respuesta del mayordomo—. Ha salido.

—¿Sabe si tardará en volver?

—No puedo decírselo, señor —y añadió—: Supongo que no. ¿Quiere usted pasar y esperarla?

—Es un poco tarde y no quisiera molestar... —de pronto se le ocurrió improvisar—. Sólo venía a hacerle unas cuantas preguntas. Soy periodista, ¿sabe?

—No comprendo —dijo el mayordomo.

—Debo hacer una interviú a la muchacha más bonita de la localidad. Y como la más guapa de Kellintton, según me han asegurado, es Jeanet Tammers...

—Sin duda lo es, señor —aseveró el mayordomo.

—¿Podría hacerle a usted esas preguntas? —quiso saber Stuart, sin esperar a más.

—Lo lamento, señor. Mis atribuciones no van más allá de las órdenes que recibo.

—Me hago cargo —asintió Stuart—. Pero temo no haberme expresado demasiado bien. He querido simplemente preguntarle si podría responderme a unas cuantas preguntas sin importancia... Relacionadas con la señorita Tammers, pero sin que ello implique necesariamente que usted me diga lo que no quiera, ¿comprende?

—Tengo la sensación de que quiere usted liarme... —dijo el mayordomo, demostrando que no era tonto—. Y perdóneme la expresión, señor.

—Estoy dispuesto a corresponderle debidamente —repuso Stuart, y sacó un par de billetes poniéndola en las manos del sirviente.

La oferta era generosa, y como tal sumamente tentadora, pero el mayordomo rechazó el dinero.

—Lo lamento, señor —contestó—, pero yo no puedo hacer eso a la señorita Tammers.

—Es usted un mayordomo muy fiel —dijo Stuart—. No es usual encontrar sirvientes así.

—Me limito a proceder como creo que debo hacerlo.

Pero Stuart Dexter estaba empeñado en no salir de allí con las manos vacías, así que dijo:

—Es tan poco usual encontrar sirvientes así, que me inclino a suponer que es usted, en la lista de enamorados de la señorita Tammers, uno más...

El rostro del mayordomo acusó claramente que tales palabras

habían dado en el centro de la diana. Y sin duda consciente de ello, consideró que negar aquello iba a resultar absurdo. Tan absurdo que, tras vacilar un poco, lo admitió.

—De acuerdo, uno más…

—¿Y lo sabe la señorita Tammers? —preguntó Stuart.

—Sí —contestó. Pero ante tanta intromisión había perdido la paciencia, así que hizo constar—: No me gusta que nadie se meta en mis asuntos.

—Me hago cargo, a mí tampoco me gusta que se metan en los míos. De todos modos —Stuart volvió la cabeza— le agradecería enormemente que me dijera si la señorita Tammers va a casarse.

—No creo que eso le interese a usted.

—Sí, me interesa. De ello que le ruegue encarecidamente que me lo diga…

—Bien mirado —opinó el mayordomo— todo el mundo lo sabe ya. Va a casarse con el barón de Spellingsson.

—Vaya, vaya… —comentó—, va a casarse con un noble. Un partido así no se encuentra todos los días, digo yo.

—El barón de Spellingsson ha solicitado el divorcio, pero aún no le ha sido concedido. Por lo demás —le informó el sirviente— es un hombre que sufrió no hace mucho un terrible accidente…

—¿Qué clase de accidente? —se interesó, confiando en: que el sirviente quisiera decírselo.

Pero el sirviente se había cansado de hablar, por lo que zanjó el asunto.

—Si quiere información respecto al barón de Spellingsson, búsquela en otra parte. Aquí no. Buenas noches —y cerró la puerta.

—Así lo haré —murmuró Stuart Dexter al ver que la puerta se le había cerrado poco menos que en las narices.

Sin embargo, en Kellintton él era sólo un forastero, así que no sabía adónde dirigirse, ni a quién preguntar. Se le ponían las cosas un poco difíciles.

Bueno, se le habrían puesto así de tener otro temperamento. Pero el suyo, desenvuelto y entrometido, era indudablemente el idóneo para encontrar el modo de satisfacer su curiosidad. Aunque lo que sentía era más que curiosidad, tenía que ser sincero consigo mismo y reconocerlo así.

De nuevo al volante de su coche, se dirigió hacia el lugar donde antes, Jeanet y él, se habían detenido. Donde la mu— chacha se apeó para preguntar a la dueña de aquella tienda si Kellintton paraba lejos. Aquella mujer gruesa que había estado hablando por los codos, le parecía ahora, en aquellos momentos, un inmejorable punto de partida.

Encontró cerrada la puerta metálica de la tienda, lo que ya se

esperaba. Recordaba perfectamente que la gruesa señora la estaba cerrando cuando Jeanet se apeó del coche.

Stuart llamó a la puerta con el puño, haciendo que sus golpes sonaran fuertemente. Se desentendió del timbre, como si no lo hubiera visto. Pensó que así iba más directamente a su pretensión.

Instantes después se abrió una ventana, situada en el piso, sobre la misma tienda, y apareció una mujer. Era la misma mujer gruesa con la que Jeanet hablara.

—Por favor, señora —sonrió Stuart, mirando hacia arriba—, Necesito que usted me informe...

Consiguió que la mujer no se hiciera de rogar y bajara a abrirle.

—Muchas gracias, señora. Y perdone la molestia.

—No se preocupe —era desde luego una mujer todo amabilidad —. Los niños ya están acostados y mi marido ha empezado a leer el periódico de la noche, y tiene para rato. Dígame, ¿qué desea?

Stuart había de rogarle que le explicara cuanto supiera del barón de Spellingsson.

Y a la gruesa y buena mujer le faltó tiempo para referir aquella historia. Por segunda vez en aquel día, pues a Jeanet ya se la había contado antes.

—Entonces —repuso Stuart, cuando ella hubo ya concluido—, el barón de Spellingsson vive unos cincuenta metros más allá, al otro lado de la calle, en esa elegante y magnífica casa.

—Sí.

—Y según me ha dicho usted algunas noches regresa a su hogar, al parecer para ver a su hija. Oiga, ¿qué edad debe tener su hija? —Unos diez años.

—¿Y la esposa? ¿Qué tal es la esposa?

—Físicamente no vale demasiado, y es mayor, y además es orgullosa. Por lo menos era orgullosa antes, cuando su marido no se había aún enamorado de esa prostituta. Supongo que ahora, que ya han iniciado los trámites del divorcio...

—A propósito, ¿le ha visto usted, me refiero al barón de Spellingsson, después de que todo él, como usted misma me ha dicho, ardiera como una antorcha?

—En una ocasión —había de decir la gruesa mujer—. Sólo en una ocasión.

—¿Cómo ha quedado? —preguntó Stuart—. Si fueron quemaduras de tercer grado...

La respuesta de la gruesa mujer fue contundente.

—Ha quedado horrible. Corta el aliento mirarle.

—¿Y sabe usted el nombre de esa prostituta con la que el barón de Spellingsson va a casarse? —a Stuart Dexter le faltaba saber eso.

—Si —contestó la tender —. Se llama Jeanet Tammers.

La expresión de Stuart Dexter no se alteró.

* * *

Se había acercado a la elegante y magnífica casa del barón de Spellingsson. Los ventanales ya no se hallaban iluminados. Por lo visto la fiesta ya había concluido.

Rodeaba la casa una verja de hierro, y su puerta, en aquellos momentos, alguien la estaba abriendo.

Stuart agudizó la mirada a través de las sombras de la noche, pudiendo reparar en que era una mujer de unos cincuenta años quien se hallaba allí. Una mujer que, evidentemente, estaba facilitando la entrada a alguien.

Pero fue a Stuart Dexter a quien, en principio, se la facilitó. Apenas se alejó de la puerta de hierro, el joven se coló dentro. Era una oportunidad que no podía desperdiciar.

Apenas se adentró en el jardín y se protegió tras unos arbustos. Stuart reparó en que la mujer se detenía, y se volvía. Se había dado cuenta de que alguien estaba entrando. Sin duda era la persona que esperaba.

Indudablemente lo era, pues al girarse y ver de quién se trataba retrocedió y fue a su encuentro.

Desde el lugar en que se hallaba, Stuart Dexter podía verles bien, pues hasta allí llegaba la luz que había quedado encendida en el vestíbulo de la casa. Y también podía oírles, ya que se hallaban relativamente cerca.

—Sabía que hoy vendrías... —fue la mujer la primera en dejar oír el timbre de su voz.

El hombre tenía el rostro terriblemente desfigurado, espeluznantemente deforme. Hasta tal extremo que Stuart tuvo que tragar saliva.

—Es el cumpleaños de mi hija —dijo el hombre—, y no quiero que le falte un regalo de su padre.

—Un padre que no es una persona vulgar, sino el acaudalado barón de Spellingsson —la voz de la dama, ahora, parecía echarle en cara muchas cosas.

—Nunca le faltará nada a ella ni a ti —repuso él, como respondiendo al reproche de la mujer.

—No lo dudo —dijo ella— pero yo no me conformo con eso no puedo conformarme porque pido más. Pido que regreses y que no me hagas ser el hazmerreír de todos. Nunca en Kellintton se ha dado un escándalo tan grande como el que tú gratuitamente estás ofreciendo.

—Sabes de sobras que estoy locamente enamorado de...

—...de una cualquiera —concluyó la mujer—. Que no sólo ha echado por los suelos tu vida familiar, tu hogar, sino que te ha arruinado físicamente. ¿Acaso has olvidado que fue ella quien...?

—¡No lo he olvidado! —alzó la voz el barón de Spellingsson—. Pero aun así la sigo amando.

—Inconcebible —la mujer había de añadir—: Recuerdo tus gritos. Fueron desaforados, demenciales, horripilantes... Despertaste a todo Kellintton... La gente cree que lo hice yo... Resulta gracioso, ¿no crees?

—Y nunca dejaré de amarla —remachó el barón de Spellingsson.

—¿Aunque ella prefiera a otro? —la mujer se atrevió a aventurar esa posibilidad—. ¿Aunque te menosprecie y te deje a un lado?

—En tal caso —dijo el barón de Spellingsson, crispando su acento— volvería a tu lado, a este hogar. Pero volvería siendo un asesino. La habría matado a ella.

Stuart Dexter no pudo oír más. Se estaban alejando de allí. Se encaminaban hacia la casa.

Pero había oído ya suficiente.

CAPÍTULO V

El muerto, que ya no estaba dentro del ataúd y que de cadáver al parecer no tenía nada, se acercó a la puerta y la cerró.

Jeanet siguió mirándole y jadeó de nuevo:

—Oh, no, no...

—¿Puede saberse por qué pones esa cara de asustada, de aterrorizada? —preguntó él, y continuaba sonriéndole de ese modo entre cínico y simpático que sin lugar a dudas debía haber cautivado a más de una mujer—. No soy un ser del otro mundo.

—¿No...? —inquirió Jeanet, dudando en si dar crédito o no a la autenticidad de aquel ser, aparentemente vivo, que se hallaba ante ella.

—Estás pálida, lívida... —pero le faltó tiempo para añadir—: Pero sigues tan guapa como siempre.

El hombre que Jeanet viera en el interior del ataúd, amortajado con un traje negro, adelantó sus manos hacia ella, hacia su rostro, queriendo acariciarla.

La muchacha retrocedió instintivamente. Tropezó torpemente con el ataúd y ahogó un grito.

—¿Qué te pasa, puede saberse? —preguntó el hombre—. No tiene sentido que te asuste mi presencia. Por lo demás, tú nunca te has asustado de nadie.

—Te he visto dentro del ataúd —dijo Jeanet y continuaba su jadeo—. Te he visto muerto, con un boquete horrendo en la cabeza... Ahora ya no lo tienes... La herida se te ha cerrado de pronto... No termino de comprenderlo...

—Te has equivocado de habitación —y había de aclararle—: Esta estancia no es la contigua... Y es en la contigua dónde está mi hermano gemelo, muerto, con un agujero escalofriante en la cabeza, metido en un ataúd... Este ataúd, el que ahora ves vacío, te ha hecho tergiversar la situación... Está aquí porque no lo hemos aceptado porque nos ha parecido de poca calidad, así que hemos pedido otro. Este seguirá aquí mientras no vengan a recogerlo. Pero, oye, Jeanet, ¿desde cuándo me confundes con mi hermano...?

Jeanet Tammers comprendió entonces lo que le había sucedido, dando ocasión a que ella creyera que los muertos vuelven del Más Allá. Como comprendió, por el tono de aquel hombre, que entre ambos debía existir, o haber existido, algo más que una mera amistad.

—Soy yo, Michael Monnig —repuso él—. Un hombre que en otro

tiempo mereció tus atenciones y al que nunca confundiste con su hermano gemelo. Pero de las atenciones que me tuviste prefieres no hablar, ¿verdad?

—No, prefiero no hacerlo —acertó a decir ella.

—Una reacción cómoda, y muy de mujer —su gesto, como su tono, era a la vez cínico y simpático—. Pero no tengo nada que objetar, eres dueña de reaccionar a tu manera. No obstante, quiero recordarte que el muerto es mi hermano gemelo, no yo, por lo que no voy a pedirte explicaciones. De ser yo tampoco te las pediría, claro, porque estaría muerto y los muertos no protestan.

—No vas a pedirme explicaciones, ¿de qué? —Jeanet quiso saber lo que aquel hombre pensaba exactamente de ella.

—Mi hermano te recordó el pasado… A causa de ello perdió la vida. Estoy seguro.

—¿Quieres decir con esto —preguntó Jeanet— que yo soy la causante de…? —se vio incapaz de proseguir.

—Tú eres capaz de todo.

—No tienes buena opinión de mí, ¿eh?

—¿Acaso alguien la tiene? Ah, sí, tu doncella, se llama Bárbara, ¿no es eso? Te portaste bien con ella y te está agradecida. Sí, ella tiene buena opinión de ti. Nadie más.

—¿Qué pretendes hablándome así? —inquirió Jeanet, esforzándose por recuperar su normal respiración.

—Sólo pretendo que comprendas una cosa, que Loretta, si se enterara de la verdad, podría ocasionarte problemas.

—¿Loretta…? —preguntó.

Tenía que parecer una pregunta tonta a su interlocutor. Aun así la formuló. Era preciso que supiera quién era esa tal Loretta.

—La viuda de mi hermano gemelo. La has visto abajo… Si se enterara de la verdad, repito, podría…

—¿Qué podría hacer? —preguntó de nuevo—. ¿Y a qué verdad te estás refiriendo? Me temo que me adjudiques culpas que no son mías.

—Ya que nadie nos oye podrías ser más sincera conmigo, ¿no te parece? En fin, no puedo obligarte a que reconozcas lo que no quieras. Dime al menos, ¿es cierto que estás decidida a casarte con el barón de Spellingsson? Me cuesta creerlo, a pesar de su cuantiosa fortuna. Es un monstruo viviente… Te diré lo que pienso —zanjó—, tú volverás a mí. Volverás a mis brazos antes o después. Tan cierto como que…

—Prosigue.

—Como que Joe Kellin será la segunda víctima. Te llamó furcia…

Jeanet no se vio capaz de seguir escuchando a aquel hombre. Decidió salir de allí sin más demora.

Se dirigió a la puerta.

Pero Michel Monnig llegó antes, poniendo la mano en el pomo.

—Permíteme —dijo, y gentilmente se la abrió.

* * *

Jeanet salió rápidamente de allí, cruzando el pasillo y llegando al pie de la escalera. Ya se disponía a bajar cuando vio que subía un joven de escasa estatura.

La vieja sirvienta de la casa acababa de decirle:

—De acuerdo, señor Kellin.

Un joven, por su parte, acababa de despedirse de él.

—Hasta la vista, Joe —le había dicho.

Jeanet supo, pues, que aquel joven era Joe Kellin, el que todos parecían dar por seguro que sería la nueva víctima. Y lo sería porque la había llamado furcia...

Jeanet se quedó detenida junto al pasamanos. Sin decidirse a bajar.

Joe Kellin la vio. Siguió subiendo.

Se detuvo al llegar junto a la muchacha.

—Hola, Jeanet —la saludó.

—Hola —respondió ella.

—Debes suponer que estoy asustado, ¿no?

—¿Por qué iba a suponer eso? —preguntó ella a su vez.

—A Stewart Monnig le han matado...

—¿Quién ha sido? ¿Lo sabes tú? —le interesaba su opinión, y no poco.

—¿Y eres tú quien me lo pregunta? —ironizó Joe Kellin—. Por favor, Jeanet, no quieras jugar conmigo como juega el gato con el ratón.

—No te deseo ningún mal —aseguró Jeanet.

—Me gustaría creerte. En realidad —hizo constar— te llamé... aquello porque estaba bebido. De estar sereno no me hubiera expresado de semejante forma. Sabes que te quiero.

—Estoy dispuesta a olvidar lo que me llamaste.

—No sé si debo aceptar como buenas tus palabras —dijo Joe Kellin— o si debo suponer que quieres que me confíe para así poder darme caza más fácilmente. Porque si te has vengado de Stewart Monnig no tiene sentido que me perdones a mí.

—Yo no tengo nada que ver con la muerte de... —intentó defenderse.

—Eso no se lo cree nadie —repuso Joe Kellin, interrumpiéndola —, Nadie que te conozca un poco. —Adiós —Jeanet comprendió que no iba a ganar nada dilatando aquella conversación.

Joe Kellin no intentó retenerla.

—Adiós —dijo a su vez.

La muchacha bajó la escalera. Tan aturdida y azorada por todos y cada uno de aquellos hechos, de aquellos acontecimientos que hasta se sentía mareada. Lo mismo que si hubiera bebido y todo girase a su alrededor.

Pensó que debía salir del chalet y respirar un poco el aire frío de la noche. Le sentaría bien.

Se despidió de Loretta, la viuda del muerto, reiterándole su condolencia, y seguidamente salió.

Seguía estando mareada, y lo cierto es que se desorientó. Al salir de la casa anduvo en dirección contraria a la debida, por lo que de pronto, sin darse cuenta, se encontró en un descampado. Sin duda en el mismo descampado, situado tras el chalet, donde por la mañana había sido encontrado el cadáver de Stewart Monnig.

El aire de la noche, eso sí, le estaba dando en la cara y la estaba desaturdiendo un poco. Aunque sólo un poco. Otra cosa no podía ser teniendo presente lo angustiada que se sentía ante las comprometidas, embrolladas y controvertidas circunstancias que la iban rodeando, sitiando, atrapando, haciendo que cada vez se viera más incapaz de salir airosamente de todo aquello.

¡Si al menos recordara parte de su vida, de su pasado! ¡Si al menos supiera por ella misma lo bueno y lo malo que había hecho...!

Tener que aceptar, como única salida válida, el juicio y las opiniones ajenas resultaba duro, terrible, insoportable...

Iría al doctor. Al que fuera. Alguien debía ayudarla. Le pondría al corriente de la falta de memoria que sufría, del ataque de amnesia que padecía. Seguro que habría remedio para lo que le pasaba. Al día siguiente, sin falta...

Pero lo peor sería, quizá, recordar. Unos y otros coincidían en lo mismo, ella era una pieza de cuidado. En todos los sentidos. Tal vez, pues, sería mejor no recordar y hacerse la ilusión de que exageraban sus defectos y de que la catalogaban como no se merecía.

Dejó de pensar en su problema. Arduo y espinoso problema que se iba escañando a su alrededor como una enmara fiada maleza.

Dejó de pensar porque oyó unos pasos y comprendió que alguien estaba a sus espaldas, ya muy cerca de ella.

Conteniendo el aliento se volvió poco a poco. No hubiera podido hacerlo aprisa. Estaba demasiado asustada.

No había dejado de estar asustada desde que, abriendo su monedero, leyó aquella misiva. Desde que acudió a la cita que se le daba en el cementerio.

Al volverse, vio de nuevo ante sí el rostro aterradoramente desfigurado. Un rostro cuya boca deforme, llena de monstruosas cicatrices, ofrecía un extraño rictus.

—Me he visto obligado a dejarte... —el barón de Spellingsson

hacía alusión a lo sucedido en el cementerio—. De pronto ha aparecido un joven, un desconocido… Desde el accidente ya sabes que no me gusta que me vean…

—Me hago cargo —dijo Jeanet.

El hombre se acercó a ella.

Por lo que la muchacha volvió a ver claramente el rostro atrozmente quemado, que por más de un lugar supuraba sangre y pus. Si, resultaba evidente que las heridas no terminaban de cicatrizarse.

—No hago más que pensar en tu desmayo… —masculló él entre dientes—. No deseabas que te besara… Cuando lo he hecho…

—No quiero que a Joe Kellin le pase nada malo —en medio de toda su angustia, de toda su desazón, y de ese vacío abrumador que era su mente, Jeanet quiso dejar claro este punto—. Me has de prometer que le dejarás tranquilo.

—Me pediste que acabara con él.

—Ahora te pido que le dejes tranquilo.

—Pero, bueno, ¿a qué se debe este cambio? —su voz no cambiaba, era la misma, áspera y arañada. Pero no sólo eso, también salió amenazadora, terriblemente amenazadora—. ¿Debo pensar, acaso, que te sientes atraída por él?

—No, en absoluto —se apresuró a hacer constar la muchacha—. Pero no quiero tener más muertes sobre mi conciencia, ¿te haces cargo?

—Me haré cargo —dijo el barón de Spellingsson— si veo que no me rechazas, si veo que deseas mis besos…

Jeanet se estremeció, mientras se quedaba sin saliva en la boca, y sin voz en la garganta, y sin aire en los pulmones. ¿Cómo iba Dios de los cielos, a desear los besos de un ser como aquél?

El barón de Spellingsson se acercó más y la abrazó. Se dispuso a unir sus labios a los de ella.

—No, no… —se negó la muchacha.

Más grande que cuanto pudiera sentir, más grande incluso que su miedo, que su pavor, estaba el asco, la repulsión que aquel hombre le inspiraba.

—¿Me rechazas otra vez? —barbotó el barón de Spellingsson—. ¿Es que quieres dejarme a un lado? ¿Es que quieres prescindir de mí? —y sin poder contenerse rugió—: ¡Si pretendes eso te mataré! ¡O mandaré que te maten!

—No te excites así —era tanto su miedo que las piernas apenas la sostenían y las rodillas le entrechocaban—. Cálmate, por favor.

—Voy a irme —sentenció el barón de Spellingsson, y su voz seguía prácticamente rugiendo—. O me llamas y me retienes, o prepárate a lo peor… ¡Tú misma!

—Cálmate, por favor —repitió Jeanet, y también la voz le

temblaba, a punto de estallar toda ella en una crisis nerviosa.

—¡Te he dicho ya la última palabra! —exclamó el hombre.

Seguidamente se alejó de allí, del descampado. No demasiado aprisa, sin duda confiando en que, ante sus amenazas, Jeanet cambiara de parecer.

Pero la muchacha se sintió materialmente incapaz de llamarle y de retenerle.

Y la alta y delgada silueta del barón de Spellingsson acabó perdiéndose a lo lejos, entre las sombras. Como una sombra más, tétrica y tenebrosa.

Jeanet se había quedado quieta, como paralizada. Quizá estaba comprendiendo que había pecado de insensata, de temeraria, de loca, reaccionando de aquel modo. Aunque no hubiera podido reaccionar de otra manera por mucho que se lo propusiera.

Pero resultaba evidente que a partir de ese momento esta ría en peligro. En peligro de que, sin piedad, sin compasión, sin la menor misericordia, acabasen con su vida. En cualquier momento podía surgir el cuchillo o el arma homicida que le enviase en un abrir y cerrar de ojos hasta la misma eternidad.

Miró a su alrededor, intentando orientarse. Tenía que salir del descampado lo antes posible y regresar a su casa. Ya había vivido demasiadas emociones aquel día. Ya no podía más. Necesitaba acostarse y dormir. Pero, ¿iba a poder dormir...?

Confiaba en ello. Se hallaba al límite de sus fuerzas.

Empezó a andar, si bien arrastrando los pies. Hacia una pequeña casa que no se hallaba muy lejos. Dedujo que, una vez allí, le costaría ya poco orientarse convenientemente.

Pero no iba a tenerlo tan sencillo.

De momento al menos.

¡Qué más hubiera querido!

De pronto vio que alguien iba hacia ella. Había surgido de un modo inesperado y parecía saber muy bien la dirección que llevaba.

A Jeanet le dieron tentaciones de escapar, de echar a correr. Por si acaso. Pero se sentía tan agotada, tan exhausta, que se vio incapaz de obedecerse a sí misma.

Así que detuvo sus arrastrados pasos y volvió a quedarse quieta, como paralizada, esperando ver quién era y qué quería, si es que quería algo, la persona que iba directamente a su encuentro.

Cuando estuvo allí, a su lado, pudo ver que se trataba de un hombre de rasgos hechos a bloques, de ancho cuello, de miembros desarrollados y poderosos. Debía tener unos cincuenta años y tenía la pinta de un ex boxeador.

Ella se le quedó mirando, interrogativamente.

Y la respuesta que tuvo no pudo, desde luego, resultar más

escalofriante y sobrecogedora:

—He recibido la orden de matarte —tenía la voz de aguardiente barato.

—¿Qué dice...? —se atragantó Jeanet.

—Digo que debo acabar contigo. Y voy a hacerlo aquí mismo... ¿A qué buscar otro lugar? Este es bueno.

—¿Pero quién... ha podido... —tartamudeó la muchacha— ordenarle que... que...?

—El barón de Spellingsson —contestó—. No me importa que lo sepas. De aquí te sacarán con los pies por delante.

—Bromea... —dijo Jeanet—. Yo sé que bromea...

Pero sabía que no bromeaba. Bastaba mirarle para darse cuenta de ello. Tenía aspecto de ex boxeador que ha acabado dedicándose a matarife.

Jeanet retrocedió un paso. Esto fue todo lo que acertó a hacer. Francamente poco, hay que reconocerlo.

Por lo que, instantes después, tenía ya en el cuello las dos manos de aquel hombre. Dos manazas inmensas, que se pusieron a apretar brutalmente.

—¡Suélteme! —exclamó Jeanet—. ¡Suélteme...!

No le hizo el menor caso y siguió apretando.

Ella quiso desasir su cuello de aquellas dos manazas, pero todos sus esfuerzos, por descontado, resultaron inútiles. No había nada que hacer ante la fuerza inexorable de aquellos dedos.

—Acabaré contigo enseguida —le dijo la voz de aguardiente barato—. No te preocupes, sufrirás poco...

La muchacha empezó a ahogarse, a sentir síntomas de asfixia. Sus pulmones se estaban quedando sin aire.

Notó que el rostro le ardía y comprendió que se estaba congestionando. Dentro de poco, sin duda, adquiriría un tono violáceo.

—Por favor —jadeó, haciendo un esfuerzo infrahumano—. Suélteme... Suélteme...

La presión seguía en su cuello, donde sus manos temblorosas no podían alterar la misión de aquellas otras que parecían de hierro.

Las piernas se le doblaron.

Cayó de rodillas, pero sin que el hombre la soltara. Sin duda pretendía acabar con ella lo antes posible.

No cabía duda, iba a dejarla sin vida en aquella misma postura. De rodillas. Como implorándole al cielo.

Pero cuando Jeanet lo veía ya todo irremisiblemente perdido, se dio cuenta de que un hombre llegaba hasta allí y se enfrentaba a su enemigo. Y lo hizo sujetándole por la espalda, obligándole a soltarla y obligándole asimismo a levantarse. Conseguido lo cual le propinó un

derechazo demoledor que le hizo caer de espaldas.

La muchacha, apenas con resuello, levantó la mirada para ver la cara de aquel hombre que tan inesperadamente se había convertido en su salvador. Pero el hombre en cuestión le daba la espalda. Se había vuelto para no perder de vista a su rival.

Este, tras caer de espaldas, se había levantado con gesto furibundo. No estaba dispuesto a permitir que nadie le tomara el pelo. Y para él, que en efecto había sido boxeador en sus buenos tiempos, aquel demoledor derechazo había sido toda una tomadura de pelo.

La noche era ya muy oscura, más aún en aquel descampado, y Jeanet no terminaba de reconocer la joven y atlética figura a la que estaba debiendo la vida.

A partir de aquel momento, el ex boxeador y su contrincante se enfrascaron en una lucha implacable, despiadada, sin concesiones de ningún tipo. Y ella se quedó allí, contemplando la escena y esperando que terminara ganando el bueno.

En medio de puñetazo va y puñetazo viene, la muchacha oyó cómo el joven alzaba la voz, dirigiéndose a ella.

—¡Lárguese ahora mismo!

Fue tan imperioso el tono, que la orden resultó terminante. ¿Pero iba a irse de allí, dejándole solo, si estaba peleando y arriesgándose por ella?

—¡Le he dicho que se largue! —volvió a exclamar el joven tras derribar de nuevo a su adversario y tras, a su vez, ser derribado.

La muchacha decidió obedecer. No sin antes preguntarse dónde había oído antes la voz de aquel hombre joven.

Pero estaba demasiado nerviosa y alterada para acertar a recapacitar.

Echó a correr, hacia la casa iluminada en la que antes reparara. Una vez allí estada ya a salvo.

Pero antes de llegar se giró. No, no podía desentenderse del todo de aquella pelea.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que el joven atlético seguía allí, de pie, mientras el hombre que había querido matarla acababa de optar por escapar del descampado. Por lo visto había comprendido que, a pesar de ser un ex campeón en los cuadriláteros, en medio de las doce cuerdas, llevaba ahora las de perder.

Jeanet pudo volver sobre sus pasos y dar las gracias al desconocido. ¿Desconocido...? No estaba segura. Ella recordaba el tono de aquella voz.

Pero la muchacha no volvió sobre sus pasos. En realidad le bastó con ver cómo la pelea había finalizado a favor de su salvador. Lo cierto es que estaba exhausta, ni fuerzas le quedaban casi para seguir andando.

Minutos después llegaba a su casa.

Llegó con pasos vacilantes. Casi puede decirse que dando tumbos.

Apenas se sostenía en pie.

CAPÍTULO VI

—Tómese este whisky —le ofreció la doncella.

Jeanet se hallaba desplomada en un sillón. Alargó la mano y cogió el vaso.

—Hace muy mala cara —comentó seguidamente la doncella—. ¿Le ha pasado algo? —pero dedujo por su cuenta—. Se ha impresionado más de la cuenta al ver muerto al señor Monnig, ¿no es eso?

—Sí, sí… —asintió Jeanet, y bebió el whisky de un trago.

Lo que no había hecho en su vida. Por lo menos lo que no recordaba haber hecho nunca. Como fuera, ahora necesitaba recuperar fuerzas.

En aquel momento el mayordomo se detuvo en el dintel de la puerta del saloncito.

—¿Podría hablar con usted, señorita Jeanet? —había de preguntarle.

—Ahora no, Mike —respondió la doncella—. La señorita no se encuentra bien del todo.

—Discúlpeme… —y Mike, tras hacer una inclinación respetuosa, se dispuso a retirarse.

Pero Jeanet se volvió hacia él, aún con el vaso de whisky en la mano, diciendo:

—Quédate, Mike.

La muchacha pensó que aquel joven de mediana estatura, recio, fuerte, de cabello color panocha, que según la doncella estaba enamorado de ella, quizá quisiera decirle algo importante. El mayordomo adelantó unos pasos, pero se quedó ante la muchacha algo indeciso y bastante violento. Por lo visto no sabía cómo empezar.

—Dime, Mike —repuso ella.

No obstante, el mayordomo siguió mostrándose reacio a hablar, a decirle de qué se trataba.

—Me parece que aquí sobro yo —dijo Bárbara, dándose por aludida ante el silencio del sirviente.

—Si no te importa… —repuso Mike.

La muchacha se marchó del saloncito tras mirar a Jeanet y ver que ésta no objetaba nada.

—Bueno, Mike, dime de qué se trata…

El mayordomo cerró la puerta. Tomar precauciones no podía estar de más. Esto al menos es lo que se deducía de su actitud.

—¿Y bien, Mike...? —se impacientó un poco Jeanet.

El mayordomo había de decirle, tras acercarse y bajar la voz:

—Tengo ya toda la documentación en orden.

—¿Qué documentación...? —Jeanet no tenía ni idea, una vez más, de lo que le estaban hablando.

—Quedamos en que yo, con la mayor discreción, se lo arreglaría todo —le recordó Mike—. Así usted podría, si lo consideraba oportuno... ¿Quiere que se la enseñe? —ofreció a continuación—. La llevo encima.

—Sí, enséñamela —repuso Jeanet.

El mayordomo metió la mano en el bolsillo y sacó un carnet de identidad a nombre de Anette Feely. Se lo mostró a Jeanet. Como asimismo le mostró un pasaporte.

La muchacha se dio cuenta de que era ella la chica que aparecía en la fotografía. Tanto en la del carnet de identidad como en la del pasaporte.

—Como verá —comentó Mike— están perfectamente falsificados. Así pues, con esta documentación puede usted, no sólo salir del país de incógnito así que lo desee, sino empezar una nueva vida en cualquier otra parte, en cualquier otro país. Y puede hacerlo sin que nadie, en adelante, la vigile o fiscalice.

—¿Crees que debo hacerlo? —preguntó Jeanet, más que nada deseando saber lo que el mayordomo opinaba del caso.

—Creo sinceramente —dijo Mike— que debe alejarse de aquí cuanto antes. Usted sabe... —añadió el sirviente— el aprecio que yo siento por usted —a juzgar por su mirada era más que aprecio lo que sentía por ella, Bárbara debía tener razón, aquel hombre la amaba—. Desearía, pues, que no se fuera. Pero comprendo que aquí está usted en un grave peligro... Ese hombre... ese hombre... —pero no pronunció su nombre.

Jeanet supo a quién hacía alusión. De sobras. En realidad todo giraba a su alrededor.

—Te refieres al barón de Spellingsson, ¿verdad? —quiso estar segura.

—Si —afirmó Mike. Y añadió—: Si no se marcha, acabará matándola... A menos que usted transija y se case con él. Pero no la veo con ánimos de hacerlo, así que...

—Tienes razón, Mike —dijo ella—. No me veo con ánimos de aceptar a ese hombre.

—En consecuencia —repuso Mike—, yo de usted tomaría una determinación. La tomaría antes de que fuera tarde... Mire —le enseñó un billete de avión—, me he tomado la libertad de cogérselo... —y abrevió—: Este avión sale mañana a mediodía con destino a Nueva York.

—Gracias —dijo Jeanet. Se quedó con el carnet de identidad, con el pasaporte y con el billete de avión—, Gracias por todo, Mike.

—Sólo deseo su bien —hizo constar.

—Estoy segura de ello. Pero debo pensarlo… —a su mente le costaba sopesar lo que podía ser mejor o peor.

Sin duda le costaba porque era allí, en su propia mente, donde la amnesia había borrado personas, lugares y recuerdos. Los había borrado del modo más amargo, angustioso y despiadado.

—Si decide quedarse y afrontar el peligro —puntualizó

Mike— yo la defenderé. Hasta donde me sea posible…

El tono de su voz no dejó lugar a dudas. Mike era uno más a temer al barón de Spellingsson.

—Te lo agradezco, Mike. Ahora, déjame sola… Tengo que reflexionar.

—Sí, señorita Jeanet —y tras inclinarse respetuosamente, el mayordomo retrocedió.

Al poco había salido del saloncito.

Y Jeanet se quedó sin saber qué pensar. Más que nunca sin saber en qué terrible embrollo, en qué espantoso enredo se veía metida.

Pensó en cenar algo y en ir a acostarse. Pensó, también, en acudir a la policía y en explicar que habían querido matarla.

Pero, ¿cómo iba a presentarse a la policía si ella era tanto o más culpable que el que pudiera serlo más? Le convenía callar. Hablar quizá le ayudara por un lado, pero le perjudicaría por el otro.

Lo decidió de pronto.

Porque de pronto, sin aceptar demoras, el corazón le pidió sincerarse a la única persona que le había caído simpática…

Desde que no recordaba nada, desde que su mente no era más que una página en blanco, sólo esa persona había significado algo bueno para ella.

Se trataba, en realidad no podía tratarse de nadie más, de Stuart Dexter…

Se levantó del sillón y se acercó a la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Quería irse en busca del joven detective, pero deseaba hacerlo sin dar explicaciones. Ni a Mike. Ni a Bárbara. A nadie.

Esperó. Buscaba la ocasión propicia, que afortunadamente no tardó demasiado en presentarse.

Un rato después, sacando fuerzas de flaqueza, corría por la calle en busca del hotel cuyo rótulo iluminado veía unas tres manzanas más abajo.

Al llegar allí se encontró con un pequeño hotel tras cuyo mostrador de recepción se hallaba sonriente el conserje de noche.

—¿El señor Dexter…? —preguntó ella.

—En el primer piso, puerta cinco —le contestó—. Puede subir.

Este es un hotel formal... —le hizo constar—, pero el señor Dexter nos ha puesto al corriente de que es detective y de que una señorita muy guapa vendría a consultarle un caso... Siendo así, hágase cargo, no podemos proceder de otro modo. Lo dicho, puede usted subir.

—Muy amable —y Jeanet se dio cuenta de que el hotel tenía el ascensor estropeado, así que se dirigió hacia la escalera.

Al llegar ante la puerta número cinco, llamó con los nudillos.

—Adelante.

Entró en la habitación. Donde Stuart Dexter estaba humedeciendo en agua fría una toalla que seguidamente se colocó en la cara.

—Ah, ¿es usted? —éste fue su saludo.

—Por lo visto me esperaba —dijo ella. Pero acababa de ver las heridas y los hematomas que el joven tenía en el rostro, comprendiendo quién había sido, poco antes, su salvador. Además, que ahora había reconocido su voz—: ¡Oh, qué estúpida he sido! No podía ser más que usted... Debí haberlo supuesto...

Llena de infinita emoción se dirigió hacia Stuart, quien, viéndola propensa a manifestar su agradecimiento, dejó la toalla a un lado y le abrió los brazos.

Jeanet se refugió en ellos, poniéndose a sollozar como una pobre e indefensa chiquilla.

—Cálmate... cálmate... —rogó él, tuteándola—. Yo te ayudaré. Confía en mí como en un héroe de película policíaca.

* * *

Consciente de que sólo con la verdad por delante podría, tal vez, encontrar en el joven detective la ayuda que tanto necesitaba, la muchacha se lo explicó todo. Absolutamente todo.

Había sentido una gran vergüenza al referirse a ese pasado en el que ella era sólo una vulgar prostituta. Como asimismo sintió desprecio y horror de sí misma al confesarle— que ella había sido la causante, no sólo de que el barón de Spellingsson fuera físicamente un monstruo, sino de que Stewart Monnig hubiera muerto.

Pero su vergüenza, su desprecio y horror de sí misma, pronto hubieron de provocar en Stuart Dexter una inesperada reacción. Tan inesperada que la muchacha se quedó sin dar crédito a lo que había oído.

—Mientras no recuerdes por ti misma el pasado, no debes creer a nadie...

—¿Qué has dicho? —y la muchacha, tuteándole a su vez, se quedó con los ojos muy abiertos, parpadeando.

—Digo —ratificó Stuart— que no debes fiarte de nadie. Bueno, de mí sí... —Había de agregar—. ¿Quieres saber lo que pienso? Te están tendiendo una red.

—¿Una red? —se asombró Jeanet.

—Sí. Pero ignoro su finalidad... De momento —observó seguidamente Stuart Dexter— ten presente una cosa. De la que yo estoy seguro, pues entiendo de mujeres.

—Dime.

—Tú no has sido nunca una prostituta. Quien así te lo dice, te enreda, te miente, quiere confundirte... Tú eres una buena chica y lo llevas escrito en esos preciosos ojos oscuros que ahora me están mirando.

—Quisiera creerlo —dijo Jeanet, mientras se sentía inundada de una dulce sensación de tímida felicidad.

—Además, que tú nunca has prendido fuego a nadie, ni has exigido que se matara a persona ninguna —la seguridad de Stuart era absoluta, aplastante—. Todo ello, pues, forma parte de esa red en la que, quien sea, no sé quién, pretende que caigas...

—Pero, ¿tiene sentido lo que dices? —Jeanet se resistía a dar como buenas esas palabras, sin duda porque le parecían demasiado maravillosas. Tan maravillosas como horrible era antes, aceptar los hechos que ella consideraba ya irreversibles—, ¿En qué te basas para decírmelo?

—Podría contestarte —repuso Stuart— que soy un tipo listo y que me ha costado muy poco llegar a esta conclusión. Por descontado —sonrió—, de tonto no tengo nada, en mi profesión los tontos no tienen cabida. Pero en realidad —reconoció— todo este asunto lo he tenido muy sencillo desde el principio.

—¿Sí? —Jeanet no terminaba de hacerse cargo de lo que el joven le estaba exponiendo.

—Muy sencillo —repitió Stuart—, aunque reconozco que aún no sé por dónde salen los tiros ni quién exactamente dispara el rifle. Pero lo averiguaré.

—¿No puedes explicármelo un poco mejor? —el tono de la muchacha fue todo un ruego.

—Puedo y voy a hacerlo. Es preciso que recobres la con fianza en ti misma. Y para eso, bastará y sobrará que te refiera lo que me sucedió la semana pasada, concretamente el lunes pasado.

—¿Qué te sucedió?

* * *

Stuart Dexter estaba en su despacho. Se disponía a recibir a un

nuevo cliente. O mejor dicho, a una nueva cliente, en femenino, pues era una muchacha la que esperaba.

Muy guapa por cierto. Tenía una espléndida cabellera de color castaño claro y los ojos oscuros. Eran unos ojos preciosos.

—Siéntese, por favor.

Así que la muchacha lo hubo hecho ante la mesa del escritorio, Stuart lo hizo tras la misma.

—Usted dirá. Ella empezó a decir:

—Tengo un presentimiento...

—Prosiga —Stuart Dexter le animó a hacerlo.

—Es sólo un presentimiento —insistió la guapa muchacha, que vestía una falda y un jersey, y un abrigo por los hombros—. Me costaría mucho decirle lo que en verdad temo. Pero estoy asustada, esto es un hecho evidente.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Stuart, considerando que había llegado el momento de saberlo.

—Annette Feely —contestó ella.

—¿Dónde trabaja? —fue la nueva pregunta—. ¿Dónde vive?

—Soy enfermera —le hizo saber— y actualmente estoy prestando mis servicios a un señor que no hace mucho tiempo sufrió un infarto. Paso las veinticuatro horas del día en su lujosa residencia, así le puedo atender de un modo más completo y eficiente. Resulta un poco pesado, pero el señor Garwood es un señor generoso, me paga muy bien. La residencia del señor Garwood está en la localidad de Walloyd.

—¿Vive solo el señor Garwood?

—No. Tiene una hija.

—¿Guapa...? —por lo visto el pormenor tenía importancia.

—No, de guapa no tiene nada...

—Entonces —dijo Stuart Dexter— no se parece a usted. Usted de guapa lo tiene todo.

—Gracias —la muchacha sonrió un poco.

—Prosigamos... —Stuart Dexter no perdía el hilo del caso—. La hija del señor Garwood, ¿es casada?

—Tiene novio.

—¿Cómo se llama el novio?

—Albert Rocco.

—¿Es rico?

—Se arruinó jugando a la bolsa. Según los comentarios que han llegado a mis oídos, y desde luego tales comentarios coinciden, sólo le guía a ese matrimonio la cuantiosa fortuna del señor Garwood.

—Debe ser joven, elegante y apuesto... —Sí —asintió la muchacha—, y la hija del señor Garwood está loca por él, en el mejor sentido de la palabra, claro.

—Dígame, ¿alguien en particular, además de Albert Rocco,

frecuenta con asiduidad la residencia del señor Garwood?

—Sí, el doctor Chappell.

—¿Qué edad tiene ese doctor?

—Unos treinta años, o poco más —contestó Jeanet. Y añadió—: Su padre era el doctor de cabecera del señor Garwood. Desde su muerte le visitaba el hijo.

—Comprendo. Por cierto, ¿va a celebrarse pronto la boda de la hija del señor Garwood con ese tal Albert Rocco?

—Van a dar una fiesta dentro de muy poco. Entonces anunciarán la fecha de la boda.

—Bueno... bueno... —rezongó Stuart Dexter al llegar a este momento de la conversación—, ya tengo, después de mis preguntas y de sus respuestas, algo sobre lo que basarme. De todos modos —agregó— me facilitaría usted mucho el trabajo si me dijera, señorita Feely, quién la tiene asustada...

—Nadie. Se lo he dicho ya, se trata sólo de un presentimiento. Pero sí —se corrigió a sí misma—, temo a todos...

—¿A todos?

—Al señor Garwood, a su hija, al novio de ésta, al doctor Chappell... Me consta —la muchacha se ratificó en lo dicho— que de uno de ellos parte el riesgo que hace que me sienta tan mal. Por eso he decidido venir a verle...

—¿Qué desea que yo haga? —inquirió Stuart. Pero antes de recibir una respuesta—: Oiga, si se siente incómoda y asustada en esa casa, ¿por qué no se va?

—Cobraré dentro de unos días, cuando el señor Garwood sea dado de alta. Hasta entonces debo aguantar allí.

—Me hago cargo. Bueno, repito, ¿qué desea que haga yo?

Tras una corta vacilación la muchacha dijo con un acento que a Stuart Dexter se le antojó surtamente tímido:

—Deseo que cuide de mí.

* * *

Cuando terminó de referir lo que le había sucedido una semana antes, concretamente el lunes antes, a Stuart Dexter sólo le quedaba por decir:

—Aquella muchacha eras tú.

—Entonces —quiso puntualizar ella—, ¿yo estuve a verte?

—En efecto —repuso Stuart—. Desde luego fue una afortunada casualidad que entre tantos detectives como hay en Londres me eligieras a mí. Como asimismo fue una afortunadísima casualidad que esta tarde, cuando iba por la carretera, te encontrara...

Jeanet no dijo nada y él prosiguió:

—Cuando al encontrarte en la carretera esperaba que te sorprendieras de verme, por lo menos tanto como me había sorprendido yo, me di cuenta de que te dirigías a mí igual que a un extraño...

—Lo eras para mí —dijo la muchacha.

—Por lo que deduje, al instante, que habías sufrido un ataque de amnesia. Sin duda debido al choque... Bueno, eso lo pensé al principio. Luego, al ver los enredos en que estabas metida y en cómo se iban desarrollando en torno a ti los hechos, lo puse en duda...

—¿Supones, acaso, que finjo? ¡Oh, no!, te aseguro que no recuerdo nada, nada... —se expresó con evidente énfasis.

—Estoy convencido de ello. No tan convencido, sin embargo, de que perdieras la memoria debido al accidente de coche...

—¿Ah, no? Yo no sé qué pensar, francamente. Soy toda confusión.

—Dime, Jeanet... Pero no, no voy a llamarte Jeanet... Tu nombre es Annette Feely. El carnet de identidad y el pasa porte que me has enseñado son totalmente auténticos. El carnet de identidad que encontraste en el coche a nombre de Jeanet Tammers, ése es el falso. Sin lugar a dudas.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Dime, Annette, ¿no recuerdas nada?

—No.

—¿Pero nada, nada...? —y observó—: El menor detalle, el más pequeño pormenor, podría servirnos de mucho. Por lo que te ruego que pienses, que recapacites, que te esfuerces por recordar.

—No, no recuerdo nada —aseguró ella, torturada por el inútil esfuerzo de ahondar en aquel angustioso y desolador vacío que era su mente—. Sólo una cosa... —apuntó de pronto.

—Dímela —le apremió Stuart.

—Debo haberlo soñado —vaciló antes de decidirse a hablar—. No tiene sentido. Durante estas últimas horas me parece recordar como si yo estuviera en el suelo, sobre una gruesa alfombra, al pie de una ancha escalera. Intento levantarme, pero me siento abrumadoramente aturdida. Aparecen unos sirvientes, los cuales ponen cara de susto ante mis balbuceos... Luego alguien se me acerca por la espalda y me da a oler algo... Pero, claro —reiteró la muchacha a continuación—, debo haberlo soñado.

—¿Cómo vas a haberlo soñado —replicó Stuart Dexter, tajante, rotundo— si desde el accidente de coche no has dormido? Eso debió sucederte con anterioridad... Pero no con mucha anterioridad, pues si padeces amnesia...

—Si, claro —aceptó.

—Desde luego —resumió Stuart acto seguido—, nos falta mucho por saber y no menos por averiguar. Pero vamos a indagar juntos, ¿qué te parece?

—Me parece muy bien.

La muchacha deseaba colaborar. ¡Cómo no. cuando cabía la esperanza de que todo aquello resultara ser sólo una pesadilla! Una horrible pesadilla que se desvanecería con la luz del nuevo día. Por descontado, tenía que poner de su parte todo lo que pudiera.

Pero no se le ocurría por dónde empezar.

Se lo dijo Stuart.

—Ahora regresarás a tu casa... Bueno, respecto a que ésa sea tu casa habría mucho que hablar... Regresarás allí y así que puedas hablarás con el mayordomo. Me has dicho que se llama Mike, ¿verdad? Pues bien, hablarás con él y le dirás que lo has decidido, que mañana saldrás en avión rumbo a Nueva York. Esto es todo lo que debes hacer de momento. No, no te inquietes —se apresuró a tranquilizarla—, yo no estaré lejos. Me tendrás haciendo guardia alrededor de la casa. A la primera dificultad que se te presente, grita... Yo acudiré enseguida. ¿De acuerdo?

La muchacha no quiso demostrar su miedo. Tenía que colaborar. Era lo menos que podía hacer.

—De acuerdo —contestó.

CAPÍTULO VII

Mike y Bárbara recibieron visiblemente preocupados a la muchacha. Por lo visto hacía rato que la estaban esperando, sin imaginar, ni por asomo, adonde podía haber ido.

—Tenía que habernos dicho que salía —repuso la doncella—. Estábamos muy inquietos.

—Discúlpame, Bárbara —y justificó su salida—. De pronto me han dado ganas de respirar el aire de la noche.

—Pues no ha elegido precisamente una buena noche para salir a pasear —comentó Mike con un tono no tan respetuoso como en anteriores ocasiones.

—Hace frío y humedad —repuso la muchacha—. Es cierto, Mike. Pero necesitaba reflexionar, y aquí en esta casa, no sé por qué, pero no me veía capaz de hacerlo.

—¿Quiere que le encienda la chimenea? —le ofreció Mike, más amable.

Estaban en el salón. En la más amplia estancia de la casa.

—Sí, hazlo —contestó ella.

—¿Qué le apetece cenar? —le preguntó Bárbara seguidamente.

—No tengo apetito. Déjalo estar.

—No puede acostarse sin... Le traeré aquí una taza de caldo, ¿le parece? —Bárbara se mostraba solicita—. Por lo menos la entonará un poco.

—Si insistes... —cedió.

Pero la muchacha estaba decidida a no tomarse el caldo, ni nada que viniera de manos de Bárbara, ni de Mike. Hacia ambos sentía ahora una desconfianza absoluta.

No podía ser de otra forma después de cuánto le había dicho Stuart Dexter. Evidentemente ambos no jugaban limpió. ¿Pero hasta dónde y por qué jugaban sucio?

De eso se trataba.

De averiguarlo.

En consecuencia, y guiada por tal pretensión, ella debía fingir que no había averiguado nada y que seguía a merced de cuanto ellos dos pudieran decirle. Que seguía a merced, en consecuencia, de la amnesia que padecía y que indudablemente la convertía en una presa fácil.

Poco después la doncella le llevaba el caldo.

—Ande, tómeselo, señorita Jeanet. Le sentará bien. La veo muy

pálida.

—Deja la taza en la mesita —ella se había sentado cerca de la chimenea, en uno de aquellos cómodos sillones—. Me lo tomaré en cuanto se enfríe un poco, ahora humea.

—Está bien —dijo la doncella, y tras hacer lo que la muchacha le había indicado se retiró del saloncito.

Mike por su parte estaba encendiendo la chimenea. El reloj que había sobre la repisa desgranó las horas en aquel momento.

Eran las doce.

La muchacha hubiera jurado que aquel reloj funcionaba mal. Tenía la sensación de que era mucho más tarde. ¡Le parecía que había transcurrido tanto tiempo desde que se encontró con el coche empotrado contra aquel árbol de la carretera! ¡Habían sucedido tantas cosas! ¡Los acontecimientos se habían precipitado unos contra otros de un modo tan inquietante, tan desquiciado, tan desesperado!

—¿Va bien ese reloj? —preguntó la muchacha.

Mike echó una ojeada a su reloj de pulsera.

—Sí, señorita Jeanet, son las doce en punto. Parece más tarde, ¿verdad? —parecía leerle el pensamiento—. Claro, entre una cosa y la otra...

—¿A qué te refieres? —quiso saberlo. —Me refiero a la muerte del señor Monnig —dijo Mike, sin perder la compostura—. Para usted no habrá resultado nada agradable verse ante su cadáver. Por cierto, permítame la indiscreción, ¿ha visto usted a su hermano gemelo, Michael?

—Sí —contestó la muchacha—, ¿Por qué me lo preguntas?

Con una rodilla hincada en el suelo, inclinado sobre los leños que ya crepitaban. Mike dijo:

—No me fío de ese hombre, y no le moleste, señorita Jeanet, que se lo diga así, por las buenas, sin que usted me lo pregunte —se puso en pie, a cercándose a la muchacha. Entonces prosiguió—: En realidad, yo no me fío de ninguno de los hombres que la aman. Todos ellos la aman de un modo demasiado violento... Es también el caso del señor Kellin... Joe Kellin... El otro día, en plena fiesta, se permitió insultarla, ofenderla... ¿Quién le dice que en otra ocasión no le dé por hacerle algún daño físico...?

—Sí, claro —admitió la muchacha—. No debo fiarme.

—Y menos que de nadie —subrayó— del barón de Spellingsson, créame. Nunca aceptará el verse postergado.

No cabía duda de que Mike deseaba volver al tema del pasaporte y del billete de avión. Debía urgirle, a él o a quien fuera, que ella se fuera de Inglaterra.

La muchacha aprovechó la ocasión para dar un hondo suspiro y decir:

—He decidido irme. Saldré mañana hacia Nueva York. Todo lo que aquí me rodea es horrible... Allí empezaré una nueva vida, por lo menos en ello confío.

—Hará bien en irse —el mayordomo apenas pudo contener su regocijo ante la decisión de ella—. Aquí corre excesivos riesgos.

—Esto mismo me estoy diciendo yo. Además que... —hizo ver que vacilaba, deseaba ver cómo reaccionaba su sirviente—. Además que... no termino de encontrarme bien.

—¿No? —el gesto de —Mike fue, ahora, un prodigio de perfecto disimulo. —Así que llegue a Nueva York me haré visitar por un doctor.

—Pues, ¿qué le pasa?

—No serviría de nada que te lo dijera. Por lo demás, bastante has hecho ya por mí facilitándome esa documentación y ese billete de avión. Por favor —suplicó seguidamente—, retírate ahora. ¡Ah! —le advirtió cuando Mike ya se' iba—, apaga el interruptor de la luz. Quiero quedarme sólo con el resplandor de la chimenea.

—Lo que usted, mande —e hizo lo que ella le había pedido, cerrando a continuación la puerta del saloncito.

La muchacha deseaba la oscuridad para, de este modo, mientras fingía que reposaba, estar más en disposición de averiguar algo. Luego, lo que averiguara, lo pondría en conocimiento de Stuart. Todo ello contribuiría, sin duda, a averiguar qué incomprensible y desquiciado tinglado era aquél.

Así que se quedó sola, la muchacha abandonó el sillón y se acercó a la ventana, cuyas cortinas descorrió levemente.

La calle estaba iluminada, pero la noche era profundamente oscura. Volvía a llover.

Vio una alta y atlética figura por allí cerca. Llevaba encima un impermeable que reconoció. No hacía mucho ella lo había llevado puesto.

Tras esa mirada al exterior, la muchacha se dirigió hacia la puerta. La entreabrió con cautela.

Vio al otro lado del vestíbulo al mayordomo y a la doncella. Hablaban bajito, sigilosamente. Aun así, el diálogo llegó más o menos audible hasta ella.

—Todo está saliendo bien, a la perfección. Va a largarse —había sido Mike el que dijo esto.

—Estupendo —contestó Bárbara.

—Me ha confesado que no se encuentra bien, que tendrá que ir a visitar a un doctor así que llegue a Nueva York.

—¿Te ha dicho que padece amnesia?

—No.

—Preferible. A propósito, así que te venga bien aconséjale que no

se lleve el anillo. Dile que eso podría complicarle las cosas. Hazte cargo, vale demasiado para que dejemos que se lo lleve puesto.

—Así lo haré —aseguró Mike.

La muchacha se retiró de la puerta tras haberla cerrado de nuevo. Volvió al sillón, junto a la chimenea cuyas llamas eran cada vez más crepitantes.

¿Qué podría hacer para facilitar el trabajo a Stuart Dexter?

El joven detective le había dicho que se limitara a decir que se iría, que cogería aquel avión. Le había dicho que el resto correría de su cuenta. Pero a ella le hubiera gustado hacer más.

* * *

Había acabado inclinando la cabeza en el respaldo del sillón, sintiendo la tentación de entrecerrar los ojos. El cansancio que sentía era cada vez mayor, se había convertido ya en algo realmente abrumador. Era como si le hubieran estado apaleando.

Pero no era ése el momento de descansar. Debía permanecer despierta, ojo avizor, dispuesta a gritar si así lo exigían las circunstancias. No obstante, confiaba en poder concederse una pequeña tregua.

Pero apenas entrecerró los ojos y se abandonó por unos instantes a aquel grato relax, oyó el ruido de unos zapatos, de unas suelas, sobre el embaldosado de la estancia.

Se sintió tensa, envarada, como si de pronto hubiera quedado anquilosada.

¿El momento de gritar había llegado…?

Puesto que Mike y Bárbara se hallaban fuera de la estancia, esos pasos, inequívocamente, tenían que ser los de un intruso.

Sin embargo, el grito no salió de sus labios, se le quedó detenido en la garganta. Sus cuerdas vocales se habían negado rotundamente a emitir sonido alguno.

El ruido de aquellos zapatos, de aquellas suelas, estaba ya allí, tras el respaldo del sillón. De pronto se hicieron silenciosos, sin duda porque ahora se hallaban sobre la alfombra.

Aún tenía tiempo de gritar. Claro que sí. Le bastaba respirar hondo, abrir la boca y…

Para cuando decidió hacer llegar a Stuart Dexter su voz de alarma, ya era tarde. Una mano acababa de taparle la boca.

¿Sería el barón de Spellingsson? Sólo de imaginar su rostro monstruoso se sintió con la respiración cortada. ¿O seria aquel hombre de rostro hecho a bloques, de cuello ancho, de miembros desarrollados y poderosos que había querido acabar con ella en el descampado? Imaginarse a ese sujeto tampoco pudo tranquilizarla lo más mínimo.

—Soy tu amigo… —oyó que decía el desconocido instantes después.

Cuando dio la vuelta al sillón y se le puso delante, le reconoció enseguida al tembloroso y rojizo resplandor de las llamas. No era un desconocido. Era Joe Kellin,

—Vengo a decirte la verdad —habló acto seguido el joven de escasa estatura con el que se cruzó en aquella escalera, en el chalet de Stewart Monnig—. Quiero ayudarte. Pero me pagarás el favor, ¿eh? De eso se trata. De cobrar por partida doble.

Seguía tapándole la boca. Estaba claro que no terminaba de fiarse de los nervios de la muchacha y de que éstos pudieran, tal vez, hacerla reaccionar de un modo histérico.

—Yo puedo sacarte de la confusión en que te ves metida… —añadió Joe Kellin—, Y lo haré, así que me prometas estar calladita mientras te hablo. ¿Qué, saco la mano?

La muchacha asintió con un gesto. No pudo hacerlo de otro modo, porque la mano de Joe Kellin seguía sobre su boca, taponándosela.

Pero la muchacha tenía los ojos bien abiertos. Así que vio claramente cómo el reluciente filo de un enorme cuchillo se alzaba en el aire. Alguien lo empuñaba con crispada violencia.

No pudo ver, empero, quién era ese alguien. De pronto habían decrecido las llamas de la chimenea, casi se apagó el fuego. La estancia se quedó entre sombras.

Un alarido espantoso convulsionó, entonces, el aire de la habitación. Joe Kellin acababa de recibir en la espalda un golpe despiadado, inexorable.

El cuchillo le quedó clavado hasta la misma empuñadura.

Libre ya su boca de aquella mano, la muchacha gritó a su vez. Si bien su grito fue ante todo una llamada de auxilio.

Mientras tanto, el asesino había retrocedido, saliendo del saloncito. Había retrocedido sin tropezar con ningún mueble. Indudablemente, dedujo la muchacha, conocía la casa.

La muchacha se dirigió hacia el interruptor, dándole a la luz. Ya la luz encendida, puso su horrorizada mirada en Joe Kellin. En el pobre e infeliz Joe Kellin, que caído en el suelo, sobre la alfombra, se debatía en cruenta batalla entre la vida y la muerte.

Desde luego estaba claro como el agua de un arroyo que aquella batalla la vida la iba a perder y la muerte la iba a ganar. Joe Kellin quiso decir algo, pero la cuchillada intervenía órganos vitales, así que no pudo pronunciar ni una sola palabra. Únicamente acertó a gemir roncamente.

La sangre le salía por la espalda.

La muchacha se inclinó sobre su cuerpo, aunque resultaba

evidente que ninguna ayuda iba a poder prestarle.

En ese mismo momento dejó de respirar.

El corazón, no obstante, latió aún dos o tres veces más,

Sólo dos o tres veces más.

Muy débilmente.

Después se paró.

Ya para entonces Stuart Dexter había roto de un codazo el cristal de la ventana, había pasado la mano a través del vacío, había abierto la falleba y se había metido dentro de la estancia.

La muchacha corrió a sus brazos. Se refugió en ellos como en un paraíso.

* * *

Llamaron a Mike y a Bárbara, pero ninguno de los dos respondió.

Recorrieron la casa de arriba abajo, de un extremo al otro. Nada. Allí no había nadie.

—Se han ido —dijo la muchacha.

—Han huido —repuso Stuart—, que no es lo mismo.

Intentando localizarles, pues de eso se trataba ante todo, poco después salían de aquella casa y se dirigían hacia al del difunto Stewart Monnig. Quizá en aquel lugar, su viuda, o cualquiera de los allí reunidos, supiera decirles dónde podían hallarse.

Pero, bueno, era sólo una idea, ni mejor ni peor que pudiera serlo cualquier otra. En realidad Stuart estaba convencido de que al llegar allí les esperaría una sorpresa. Aunque, claro, ni sorpresa sería porque lo que iba a pasar se veía venir.

Se encontraron con la puerta del chalet cerrada. Hicieron sonar el timbre, un par de veces.

—No contestan —dijo la muchacha.

—Ni creo que lo hagan —repuso Stuart.

—¿Cómo...? —ella se mostró asombrada.

—Dentro de esta casa no hay nadie.

—Hay un muerto, metido en un ataúd, con un horrendo boquete en la sien, con los sesos queriéndole salir. Le enterrarán mañana. Han podido marcharse los demás, pero del muerto...

—Unos y otros ya no están. Quien haya organizado todo esto, se las habrá ingeniado para que... —Stuart no prosiguió.

Se había abierto una de las ventanas del chalet contiguo. Acababa de asomarse un viejo.

—Eh, oigan... —elevó la voz—. El chalet está por alquilar. No hay nadie.

—Hace poco he estado yo aquí —dijo la muchacha— y había

gente…

—Ya se han ido todos —repuso el viejo. Les explicó—: Habían alquilado el chalet sólo por un día, ¿sabe? —y comentó—: Eran gente de cine, han estado filmando las secuencias de una película. Película de terror, sin duda, porque han traído incluso dos ataúdes…

—Gracias por la información —repuso Stuart—. Lamentamos haberle molestado. A estas horas…

—No se preocupen, estaba despierto. Buenas noches —se despidió el viejo.

—Buenas noches, señor —Y Stuart Dexter había de observar—: Ni más ni menos lo que me esperaba.

—Pero, ¿qué sentido tiene todo esto? —se lamentó la muchacha —. Mi cabeza gira como un tiovivo.

—Tiene sentido, y bien claro por cierto. Sólo que, para llegar a tal conclusión, antes hay que deducir.

—¿Has deducido tú? —preguntó.

—Claro que sí.

—Dime, Stuart, ¿qué se esconde tras todo este juego? Un juego que de divertido no ha tenido nada.

—La respuesta la tendrás pronto.

—¿Cuándo…? —se impacientó ella—. Hazte cargo, estoy ansiosa por saber qué hay de verdad o de mentira en todo lo que…

—De verdad nada, de mentira todo —ratificó Stuart—. Bueno, no tanto —se corrigió—. Acabamos de dejar atrás a un cadáver auténtico, como auténtica era la sangre que salía de su espalda y que empapaba la alfombra.

—¿Pero cuándo sabré yo de fijo, respecto a mí pasado…? — insistió ella.

—Así que compruebe un par o tres de pormenores, y así que sepa que, en el último acto, nada va a fallarme. En fin —terció—, ahora hemos de poner en conocimiento de la policía que acaba de cometerse un crimen.

CAPÍTULO VIII

La residencia de los Garwood, en la localidad de Walloyd, refulgía de luz.

Iba a celebrarse una gran fiesta. Pero aún era pronto y los salones se hallaban vacíos. Aunque posiblemente no tardarían en comparecer los primeros invitados.

El señor Garwood, ya restablecido de su ¡infarto, se disponía a ser un buen anfitrión. Pero arrugaba el entrecejo, no terminaba de explicarse por qué su guapa enfermera, Annette Feely, había desaparecido de un modo tan súbito e incomprensible.

—Te lo he dicho y repetido, papá —había de explicarle una vez más su hija Greta—. Annette y yo discutimos. Por una tontería, lo reconozco, pero ella reaccionó de un modo muy grosero conmigo. Entonces yo le dije que se fuera y que no volviera, que no la necesitábamos para nada.

—Debió despedirse de mi —rezongó el señor Garwood—, es lo menos que podía haber hecho. ¿Qué culpa tenía yo de lo que hubiera pasado entre ella y tú? Además —subrayó—, me cuesta creer que fuera grosera contigo. Annette era una muchacha muy agradable, muy paciente. De no serlo no me hubiera soportado a mí.

—Como sea —manifestó Greta— se fue y no creo que vuelva, así que no le des más vueltas al asunto, papá.

—Pero le debíamos... —Le pagué yo —dijo la hija del señor Garwood—. No te preocupes más, papá. Asunto concluido.

Greta Garwood lucía un traje precioso y unas joyas esplendorosas. Pero no conseguía estar guapa, pues sus encantos físicos eran tan escasos que resultaba difícil, casi imposible, tal logro. Lo que más le afeaba era el estrecho rostro, que se afinaba hasta acabar en una barbilla diminuta, casi inexistente.

Greta Garwood se alejó de su padre, que en espera de la llegada de los primeros invitados se hallaba en la biblioteca, y se dirigió en busca de Albert Rocco, su prometido. Pronto, muy pronto, su marido.

Le encontró con un combinado en la mano y una sonrisa en los labios. Tan apuesto, elegante y guapo como siempre.

—Hoy anunciaremos la fecha de nuestra boda —dijo Greta—. Es un día muy feliz para mí.

—También lo es para mí —contestó él.

Pero Greta Garwood vio tan claro en la expresión de él que se iba a casar por su dinero, sólo por su dinero, que no pudo contenerse y

exclamó:

—¡También para ti, por descontado que sí! ¡El día que seas mi marido habrás agarrado ya bien fuerte la fortuna de los Garwood! ¡Porque es el dinero de los Garwood lo que buscas! ¡Es inútil que lo niegues!

—No lo niego —contestó Albert Rocco, con cinismo—. ¿Qué otra cosa iba a buscar? —y añadió—: Soy terriblemente ambicioso. Siempre lo he sido.

—Podías haberme respondido que al margen del dinero te sientes atraído hacia mí, ¿no?, —inquirió Greta Garwood—. Hubiera resultado más fino, más delicado.

—¿Tú crees? —Albert Rocco hizo un gesto de circunstancias—. No, yo no lo creo así. No hubiera servido de nada que me expresara de esa forma. Tú sabes de sobras que es Annette quien me inspira...

—¿Un gran amor? —masculló Greta Garwood.

—¡Oh, no! —exclamó Albert Rocco—. Un hombre como yo no es capaz de sentir un gran amor por ninguna mujer, menos aún por una pobre. Y Annette, además, tiene el inconveniente de ser una muchacha decente. Así pues, como no cabe en el plan de ligue, compréndelo, esa chica no encaja en mi vida. Por lo que hace ya tiempo que he renunciado a ella... En cuanto a ti, Greta —añadió—, no ignoro la arrebatada y desesperada pasión que sientes por mí. Sé que te tengo segura.

Greta Garwood acababa de comprender que todos sus celos, sus desquiciados y locos celos, no habían tenido razón de ser. Albert Rocco nunca se hubiera decidido a dejarla a ella para casarse con Annette. ¿De qué había servido, pues, todo lo que había hecho...? De nada.

Se estremeció. El asunto había acabado mal. Mucho peor de lo presumible. En el momento final surgió lo inesperado y ella no acertó a reaccionar con serenidad. Al ver que todo su plan se iba a derrumbar, actuó del primer modo que le pasó por la cabeza. Bueno, nadie se había enterado de lo que había hecho. Por lo menos nadie que fuera capaz de delatarla.

En cuanto a Annette Feely, ya estaría en Nueva York. Después de los sobrecogedores y terribles hechos en que se había visto mezclada, y después, sobre todo, de vérselas ante un muerto asesinado por la espalda con un enorme cuchillo, seguro que habría estado contando las horas que le faltaban para llegar al aeropuerto y despegar en aquel avión que le alejaría de Inglaterra. Creería llevar pasaporte falso, y tal vez habría pasado ciertas inquietudes al respecto, pero no, por descontado que no habría sucedido nada. En realidad aquel pasaporte era auténtico, como auténticos eran también sus otros documentos de identidad. Su verdadero nombre era Annette Feely, no Jeanet

Tammers como creía la interesada.

Esto lo averiguaría más adelante, quizá mucho más adelante. Cuando recobrara la memoria, si es que la recuperaba. El doctor Chappell le había asegurado que algunos pacientes tardan años en salir de su amnesia.

Para entonces, Annette ya no querría regresar a Inglaterra. ¿Para qué? No tenía familia, no tenía a nadie. ¿Para qué?

No valdría la pena que se tomara la molestia de hacer un viaje de regreso, un viaje tan largo.

Mientras tanto, Albert y ella habrían sido felices. Ella al menos lo habría sido. Estaba enamoradísima de Albert. Tanto que, por nada del mundo, hubiera sido capaz de consentir que otra mujer se lo arrebatara.

Pero ahora lo había comprendido, todos sus planes y la realización de los mismos, no habían servido de nada. Se había complicado la vida sin necesidad. Todo, por sí solo, sin más complicaciones, hubiera acabado a su gusto.

Bueno, ya estaba hecho. Lamentarse no iba a servir de nada.

«Lo único malo —se apuntó a sí misma— es el anillo. Se quedó en el dedo de Annette. En fin, que le haga un buen provecho.»

—El doctor Chappell ya está aquí —oyó que le decía Albert Rocco—. Como siempre es el primero en llegar.

—¡Ah, sí...! —y volviendo de sus reflexiones—. Voy a recibirle. ¿Vienes tú, Albert?

—Voy a acabarme este combinado. Enseguida me reúno con vosotros.

—De acuerdo.

Greta Garwood se dirigió hacia el recién llegado, un joven de mediana estatura, recio, fuerte, de cabello color panocha.

—Han surgido complicaciones —le dijo él.

—¿Qué...? —se sobresaltó Greta.

—Debo hablarte a solas. Aquí no puede ser —el rostro del doctor Chappell expresaba viva inquietud.

Ya donde nadie iba a poder oírles, ni el señor Garwood, ni tampoco Albert Rocco, había de añadir:

—Annette no se fue en aquel vuelo. Sigue aquí, en Inglaterra.

—¿Qué dices? Esto no puede ser. Tú me dijiste que había decidido...

—Por lo visto cambió de parecer.

—¿Cómo sabes que sigue aquí?

—Casualmente la he visto en Londres. Cruzaba una calle, parecía tener prisa. Alguien debía estar esperándola.

—¿Iba sola? — preguntó.

—Si.

—¿Te ha reconocido?

—No me ha visto.

—¿Qué impresión te ha causado su aspecto? ¿Debe seguir sufriendo de amnesia…?

—Debemos confiar en que así sea —repuso el doctor Chappell—. Lo contrario significaría un grave riesgo para ambos. Sobre todo para ti. Greta, que en el último momento perdiste los nervios y…

—Confiemos en que siga sin recordar nada. Pero de ser así. ¿Cómo es que no se ha ido de Inglaterra? Tú le pusiste en las manos el pasaporte y el billete del avión…

—Sin embargo, sigue aquí, yo la he visto —ratificó sin dudas de ninguna clase—. ¿Qué podemos hacer? —preguntó seguidamente—. Seguir cruzados de brazos esperando que se descubra todo, me parece demasiado arriesgado y en consecuencia ilógico… ¿Qué opinas tú?

—Lo mismo. Hemos de actuar en consecuencia, y hemos de hacerlo con la contundencia precisa.

—De acuerdo. ¿Pero qué podemos hacer? Todo esto se ha complicado ya demasiado.

La respuesta llegó. Pero no por parte de Greta, sino de una voz de hombre que desde el vestíbulo, alzando el tono, preguntó:

—¿.Puedo hablar con la dueña de la casa?

Greta Garwood y el doctor Chappell se quedaron sin saber ciertamente qué pensar de aquella voz, y de aquel tono, y de aquella pregunta, algo que equivalía desde luego a una inusitada y descarada intromisión. Algo, por lo demás, que no encajaba en absoluto con la elegancia y el refinamiento de aquella lujosa residencia.

Queriendo averiguar de qué se trataba, ambos salieron de la estancia en que habían estado dialogando y llegaron hasta el vestíbulo, en cuyo techo una araña de cristal, profusamente iluminada, refulgía de modo esplendoroso.

Para Greta Garwood la presencia del recién llegado no significó nada de particular. Era un joven alto y atlético al que no conocía, al que no había visto nunca.

Pero el doctor Chappell no pudo decir lo mismo. Reconoció perfectamente al joven que estaba allí.

—Discúlpeme, señorita —se había excusado entre tanto el mayordomo, todo confuso—. Le he dicho al joven que no podía pasar, que debía mostrarme su invitación a la fiesta… Pero no me ha hecho caso y se ha metido dentro…

—¿Qué desea usted? —preguntó Greta Garwood al joven que de forma tan poco ceremoniosa acababa de meterse en la casa.

—Puede retirarse, Peter —dijo el doctor Chappell al mayordomo antes de que el interpelado respondiera.

Este respondió cuando vio que el sirviente les había dejado solos.

Antes no. Todo a su debido tiempo.

—Señorita Garwood —repuso—, comprendo que se muestre tan sorprendida...

—Pero bueno —se impacientó Gret, ¿usted quién es? No estoy acostumbrada a intromisiones de mal tono.

—Es el periodista que estuvo en Kellintton, en la casa, queriendo hacer una interviú a Jeanet Tammers, la chica más guapa de la localidad —le informó el doctor Chappell—. Te dije que estuvo, ¿no?

—Sí, sí —asintió Greta, haciéndose cargo de que aquello tomaba un mal cariz—. Pero, bueno, ¿qué quiere?

—Ante todo —dijo Stuart Dexter, pues por descontado se trataba de él—, deseo decirle a usted, Mike... —miró fijamente al doctor Chappell—, que el papel de fiel mayordomo lo desempeñó a las mil maravillas. Vaya mi enhorabuena por delante.

La expresión del doctor Chappell, o de Mike, como se prefiera, se crispó. Resultaba evidente que el juego se estaba descubriendo.

—Asimismo deseo decirles —amplió Stuart— que no he venido solo —y volviéndose hacia la puerta de entrada, de la cual se había distanciado bastante, añadió—: Acércate, Annette... Acércate...

Greta Garwood y el doctor Chappell dirigieron hacia allí sus inquietas y sobresaltadas pupilas. Y sí, en efecto, allí, junto a la puerta de entrada se hallaba la muchacha que, hasta hacía poco, muy poco, había sido la eficiente y paciente enfermera del señor Garwood.

Annette se acercó a quienes, en Kellintton, formaban parte de su servidumbre. Una doncella y un mayordomo.

Ahora las circunstancias eran distintas. Y allí estaban ambos elegantemente vestidos, demostrando que pertenecían a una clase privilegiada, como privilegiado era el mundo en el que vivían.

Pero ese mundo podía tambalearse si la verdad salía a la superficie. Una verdad que acabó teñida de rojo. De ese color rojo que tiene la sangre cuando, aún caliente y palpitante, sale de un cuerpo humano...

—No me he ido —repuso Annette—, y supongo que ello les contraria enormemente. No, no me he ido, señorita Garwood —había de agregar—, ¿o prefiere que la llame Bárbara?

Stuart le había dicho que, apenas le tocara a ella el turno de hablar, que se expresara de aquel modo. Y acababa de hacerlo.

—¿A qué has venido? —inquirió Greta, apretando los dientes, crispando la diminuta mandíbula.

—Yo se lo diré —intervino Stuart Dexter.

—¿Por qué usted...? —quiso saber el doctor Chappell.

—Alguien tiene que ayudarla. Voy a hacerlo yo.

—Siempre he dicho que los periodistas son unos malditos entrometidos...

—Se da la pequeña circunstancia —aclaró— de que no soy periodista.

—¿Acaso policía...? —se estremeció Greta, con los nervios a flor de piel.

—Detective privado.

El doctor Chappell pensó que esto era mejor que policía. A un detective privado se le compra más fácilmente. Aunque el que ahora estaba ante ellos no tenía cara de dejarse comprar.

—Lo mejor es volver al principio —dijo Greta—, Así que repito la pregunta. ¿Qué desea usted?

Había mirado exclusivamente a Stuart Dexter, pues no cabía duda de que era él quien llevaba la voz cantante en todo aquello. Annette se limitaba a una actitud pasiva que no parecía de temer.

—Su juego ha quedado al descubierto, señorita Garwood —repuso Stuart—, y va a tener que pagar por ello. En todos los juegos —puntualizó— o se gana o hay que pagar.

—No sé de qué me está hablando —indicó Greta, pero lo cierto es que no conseguía serenarse—. Pero ya me lo imagino... Annette debe haberle estado llenando la cabeza de ideas absurdas.

—Podría decirle —observó Stuart— que Annette ya no padece amnesia y que ha puesto en mi conocimiento hechos de vital importancia para la comprensión de...

—¡Esa muchacha ha sido siempre una solemne embustera! —exclamó Greta—. Si cree que va a inquietarme...

—Serénate, Greta —el doctor Chappell le puso una mano en el brazo—. Ese joven me vio en Kellintton, hablamos... No podemos negarle según qué cosas... Sería ridículo que lo intentáramos... Seamos prácticos y oigamos con calma lo que tenga que decirnos...

—De acuerdo, hable —dijo Greta, y sus palabras salieron chirriantes entre sus dientes apretados.

—Podría decirles —repitió Stuart Dexter— que Annette ya no padece amnesia... Pues bien, no se asusten, no se lo digo. Pero tampoco se hagan ilusiones —puntualizó—. La verdad es que prefiero ganar esta escaramuza sin subterfugios innecesarios. A lo que iba, Annette sigue sin recordar el pasado...

Greta Garwood respiró aliviada. Puestas así las cosas sería mucho más difícil que el joven detective atara cabos. Tan difícil que por unos instantes se sintió a salvo.

Pero había de durarle poco el respiro experimentado. Stuart Dexter iba a demostrarle que había sacado ya sus propias conclusiones. Y total y absolutamente acertadas, por cierto.

Lo que vendría a significar que el peligro seguía latente. Tan latente que era como sentir la espada de Damocles sobre ellos.

—Toda la historia dio comienzo cuando, de un modo fortuito —

empezó a decir Stuart—, Annette se cayó por la escalera…

La escalera estaba allí cerca.

Era una ancha y hermosa escalera que, tras trazar un semicírculo, terminaba en aquel espacioso vestíbulo.

* * *

Cayó rodando, aparatosamente. Ya abajo, tardó en volver en sí.

Al hacerlo, no sabía quién era ella, ni dónde estaba, ni quiénes eran las personas que se hallaban allí, a su lado.

Por lo demás, había vuelto en sí de un modo tan confuso, tan aturdido, que no terminó de darse cuenta de nada.

Pero los demás si se habían percatado de que, a causa de la caída, se había golpeado repetidamente en la cabeza y de que, a causa de los golpes, había perdido por completo la memoria.

El doctor Chappell opinó:

—Le costará salir de este estado…

Lo dijo en voz baja, para sí mismo, pero lo suficientemente alto como para que Greta Garwood, que estaba a su lado, le oyera.

—¿Estás seguro? —preguntó.

Acababa de concebir una idea.

Una idea que a cualquier otra persona, sin duda, se le hubiera antojado descabellada, insensata. Pero a ella, de pronto y sin necesidad de más, le pareció ideal, perfecta.

¿Por qué no iba a serlo si de ese modo conseguía quitarse de encima a la muchacha guapa, muy guapa, por culpa de la cual estaba experimentando unos celos insoportables?

Impidió que el doctor Chappell se acercara a la escalera, reteniéndole a espaldas de la muchacha. Hecho lo cual le explicó, aunque brevemente, lo que se proponía hacer. Con su ayuda, por descontado.

El doctor Chappell pudo negarse a lo que Greta Garwood le pedía, pero estaba acostumbrado a acatar sus órdenes. Lo cierto es que le tenía dominado el vicio del juego y que el dinero de los Garwood le había salvado en más de una ocasión.

Annette seguía en el suelo, al pie de la ancha escalera, sobre una gruesa alfombra. Seguía abrumadoramente trastornada, viendo cerca de ella a dos o tres sirvientes que ponían cara de susto ante sus balbuceos…

Aún no había acertado a ponerse en pie, ni a sacar conclusión alguna, cuando alguien se le acercó por la espalda y le dio a oler algo.

Quien tal cosa hizo fue el doctor Chappell. Y lo que le dio a oler fue, ni más ni menos, que un algodón impregnado en cloroformo.

Bastó para que la muchacha perdiera la total conciencia de cuanto la rodeaba.

Era lo que Greta Garwood pretendía, necesitaba. Así su plan podría llevarse a cabo.

El señor Garwood había de preguntar insistentemente por su enfermera, pues cuando Annette se cayó por la escalera él estaba aún en su dormitorio, así que no vio nada ni se enteró de nada. Pero resultó fácil engañarle, pues los sirvientes que presenciaron el hecho recibieron la orden terminante de callar. Por descontado, éstos no vieron cómo el doctor Chappell hacía que la muchacha oliera el cloroformo.

También fue fácil engañar a Albert Rocco, quien no pudo disimular su desencanto ante la noticia de que Annette había sido despedida. Aunque no esperaba conseguir nada de ella, le gustaba contemplar su belleza y verla sonreír.

Tras consecutivas dosis de sedante, se llegó al momento en que Annette entreabrió los ojos, en medio de la carretera, metida en un coche que aparentemente acababa de estrellarse contra uno de los árboles de la carretera.

Desde que se cayó por la escalera hasta aquel instante habían transcurrido muchas horas. Al menos las suficientes para que Greta tuviera tiempo de encargarse de todo.

Se trataba de que, a partir del momento en que Annette volviera en sí, todo cuanto le sucediera resultara una angustiosa y horrible cadena de sobresaltos y angustias, y que todo eso abocara en un terror absoluto que le hiciera aceptar finalmente, como una bendición del cielo, aquel billete de avión…

No obstante, para que la escenografía, el ambiente y los personajes resultaran perfectos, idóneos a su pretensión, Greta Garwood tuvo que afanarse mucho.

Pero lo consiguió.

Ofreciendo dinero con generosidad no es difícil conseguir lo que uno se propone.

El plan concebido llevó a la muchacha a Kellintton, localidad donde sus habitantes no hacían otra cosa que hablar de su vecino más rico, más importante, el barón de Spellingsson. Un hombre que se había enamorado locamente de una prostituta y que, para poder casarse con ella, iba a divorciarse de su esposa. Un hombre que tenía un rostro monstruosamente desfigurado, pues una mujer, no se sabía exactamente quién, le había hecho arder como una antorcha.

Greta Garwood creyó que esa auténtica historia podría cardar solidez a su propio argumento.

Un argumento que no dejaría en paz a su protagonista. La zarandearía, la llevaría de aquí para allá como una grotesca

marioneta, y acabaría alejándola de Inglaterra.

Contrató a los componentes de una compañía de teatro terrorífico. Componentes tan llenos de deudas que en la pensión les tenían retenidos los equipajes por falta de pago.

Contrató también al maquillador. Sobre todo al maquillador por descontado. De él dependía principalmente que todo saliera bien.

En conclusión, el falso barón de Spellingsson era un hombre normal y corriente que en plena calle no hubiera llamado la atención de nadie.

En cuanto a los hermanos gemelos, eran dos artistas mediocres que una vez más representarían un papel. Nada más.

Como simples artistas, asimismo, serían quienes se harían pasar por Joe Kellin y por la viuda de Stewart Monnig. Artistas aún de menos importancia, qué duda cabe, serían los que en aquel chalet se limitarían a representar el papel de invitados.

Al maquillador, lo dicho, había de corresponderle el trabajo más arduo, más comprometido. Tenía que convertir el rostro del falso barón de Spellingsson en algo verdaderamente repulsivo, horrible... Había de imitar, en la cabeza de uno de aquellos dos hermanos gemelos, un boquete horrendo por donde los sesos pretendieran escapar...

En cuanto a la propia Greta Garwood, optó por convertirse en la doncella. Así vigilaría de cerca a Annette, hablándole como considerara más oportuno para hacer que se fuera enmarañando más y más en aquella red.

Necesitaba un mayordomo, y Greta pensó en el doctor Chappell. ¿Por qué no, si el trabajo se iba a limitar a una noche? Respecto a los demás, por descontado, había sido un tercero quien les había contratado. No era cosa de comprometerse en exceso.

Pero Greta Garwood no consiguió que todo saliera como lo había planeado. A última hora una pieza se desencajó del engranaje previsto.

La pieza fue Joe Kellin. Bueno, no era ése su verdadero nombre, pero para el caso viene a ser lo mismo.

Joe Kellin pensó que podría proporcionarle pingües ganancias decir toda la verdad a la muchacha que padecía amnesia. Si le explicaba que nada era cierto, que todo era una red que le estaban tendiendo, sin duda sabría agradecérselo debidamente. En tal caso cobraría por partida doble.

Cuando Greta Garwood descubrió que Joe Kellin se proponía traicionarla, aún era tiempo de cerrarle la boca. Y se la cerró, y tanto que sí!, clavándole un enorme cuchillo en la espalda.

* * *

—Pero intervine yo —concluyó diciendo Stuart Dexter—, y lo lamento por usted, señorita Garwood, pero conmigo se pierde siempre.

—Todos tenemos un precio —intervino el doctor Chappell—. ¿Cuál es el suyo?

—No tengo precio. No puede comprarme —contestó Stuart, categórico.

—Le costará demostrar mi culpabilidad —repuso Greta Garwood —. Yo lo negaré todo. Será mi palabra contra la suya.

—¿Y las huellas digitales que la policía encontró en la casa de Kellintton? Esas huellas son suyas... ¿Y el anillo que Annette llevaba en su dedo, un fulgurante diamante que compró usted en uno de los más importantes joyeros de Londres? ¿Cómo explicará usted todo eso...? No va a tenerlo tan sencillo. Tuvo buen cuidado —agregó— de limpiar el cuchillo asesino, pero eso no ha de bastarle. Ni mucho menos.

Greta Garwood se volvió hacia la muchacha.

—Te daré lo que me pidas, Annette.

—No va a pedirle nada —respondió Stuart por ella—. Lo lamento, su juego ha terminado, señorita Garwood. Otro tanto le digo, doctor Chappell.

—¿Cómo ha llegado a sospechar de mí...? —quiso saber Greta.

—Lo he tenido sencillo.

—Satisfaga mi curiosidad.

—Las circunstancias me han ayudado desde el principio —reconoció Stuart—. De todos modos, aunque así no hubiera sido, también hubiera llegado a sospechar que todo lo que le sucedía a Annette era producto de un juego sucio... Por ejemplo —puntualizó Stuart—, Annette me explicó lo que le habla sucedido... Sólo desde el momento en que había recobrado el sentido, claro, pues con anterioridad a tal hecho no recordaba nada... Me refirió, pues, que cuando fue a dar el pésame a la viuda de Stewart Monnig se pudo desenvolver con cierta naturalidad gracias a que su doncella. Bárbara, que le acompañaba, había sido la primera en adentrarse en el salón y testimoniar su condolencia a la viuda... Pues bien, ninguna doncella en un caso así se adelanta a su señora, su puesto es, siempre, un segundo lugar... Un detalle a considerar. ¿No creen?

Stuart Dexter se interrumpió.

Por su parte el doctor Chappell no dijo nada.

Greta Garwood tampoco.

El joven detective habla de proseguir.

—Por lo demás, estuve merodeando alrededor de la casa del verdadero barón de Spellingsson. Este acudió allí, de noche, pues no quería dejar de ver a su hija en el día de su cumpleaños... Poco

después —concretó Stuart—, el barón le salió al paso a Annette, en el descampado… Podía tratarse de la misma persona, evidentemente, pero si el verdadero barón había ido a su casa a ver a su hija, ¿era lógico que permaneciera tan poco rato con ella? Se trataba de una nueva circunstancia que sin lugar a duda predisponía a recelar…

Una nueva interrupción por parte de Stuart Dexter. El mismo silencio por parte de los demás.

—En cuanto a aquel hombre con trazas de ex boxeador —dijo el joven detective—, no apretó la garganta de Annette con toda su fuerza. De haberlo hecho, Annette no se habría repuesto tan fácilmente. De lo que se desprende que sólo intentaba aterrorizarla…

Una nueva pausa.

Volvió a hablar Stuart Dexter.

—Por lo que respecta al carnet de identidad y al pasaporte falsos que pusieron en manos de Annette. Yo enseguida pude constatar que aquellos documentos eran auténticos. Así pues, si eran auténticos, eso significaba que la muchacha se llamaba Annette Feely, no Jeanet Tammers como le estaban haciendo creer… Y en fin —resumió Stuart —, que podría citar muchos otros detalles que indudablemente daban al traste con toda aquella historia que…

Se quedó con la palabra en la boca.

En aquel momento se había presentado Albert Rocco. Había oído voces y había salido a ver qué pasaba.

También, entonces, se dejó ver el señor Garwood. Le habla parecido que llegaban los primeros invitados.

Pero éstos debían estar ya allí, ciertamente. Estaba sonando el timbre de la puerta. Por lo que el mayordomo acababa de dejarse ver, dirigiéndose hacia allí. Al poco abría.

Pero no se trataba de ningún invitado, sino de un joven muy alto y delgado, normalmente vestido.

Annette reparó en él, viendo que se parecía enormemente a Joe Kellin. Sólo que Joe Kellin, o como sea que se llamara, era pequeño de estatura y el recién llegado era muy alto.

Annette vio algo especial en su rostro, algo que, quieras que no, llamó poderosamente su atención. Pronto comprendió de qué se trataba. Aquel hombre era el falso barón de Spellingsson.

—Me alegro de encontrarla, señorita Garwood —dijo el recién llegado tras adelantar unos pasos y acercarse a Greta.

El desconcierto había dominado otra vez al viejo mayordomo ante esta nueva intromisión. Se había quedado nuevamente sin saber qué hacer. Ni siquiera acertó a cerrar la puerta, por lo que ésta quedó abierta.

—¿Qué desea de mi? —preguntó Greta, interpelando al hombre que acababa de irrumpir de aquella forma en una casa ajena—. No le

conozco a usted.

—No me extraña que no me reconozca —contestó el hombre—. El papel que usted me adjudicó en «su obra» era el de un ser con el rostro terriblemente desfigurado… Pero yo sí la reconozco a usted. Con sinceridad, señorita Garwood, le sienta mejor este vestido y estas esplendorosas joyas que el uniforme de doncella…

Los ojos de Greta Garwood se clavaron en el hombre con repentino pánico. Su boca acusó un gesto crispado y convulso de terror. Acababa de adivinar quién era.

Pero él mismo había de presentarse.

—Joe Kellin… y digo Joe Kellin para que me entienda, era mi hermano. Un hermano muy querido para mi —y su furia, su odio, explotó de pronto, como pudiera hacerlo una caja de dinamita a la que le acercaran la llama de un encendedor—. ¡Y vengo dispuesto a vengarle! ¡A vengarle! No me importan las consecuencias…

—Quiso traicionarme —intentó excusarse Greta, mientras un estremecimiento, un ramalazo de miedo le sacudía y le traspasaba de un lado al otro.

—Sí, lo sé —asintió el hombre—, Pero no por eso merecía morir… Así que —barbotó— vengo a cobrarme el precio de su vida.

Greta Garwood vio relucir un enorme cuchillo en la mano del hombre y comprendió que la Muerte, riéndose de ella, estaba allí, en aquel cortante filo…

No pudo sacar más conclusiones. Fue, desgraciadamente para ella, la última conclusión que sacó.

El cuchillo le entró en el pecho, a la izquierda, deteniendo en seco los latidos de su corazón.

Murió en el acto.

Había abierto la boca para gritar, y en su pavor la había abierto desaforadamente. Pero no pudo gritar, por lo que murió con la boca abierta, tal vez con la mandíbula desencajada.

Fue todo tan rápido que Stuart Dexter no llegó a tiempo de intervenir. Tampoco pudo hacerlo el señor Garwood, ni el doctor Chappell, menos aún el guapo Albert Rocco.

Asimismo llegó tarde el inspector de policía y sus hombres.

Estos, de antemano avisados por Stuart, entraban ya por la puerta de la lujosa residencia, que, lo dicho, había quedado abierta. Pero sí, llegaron tarde.

El cuerpo sin vida de Greta Garwood se hallaba en el suelo. Su boca seguía desaforadamente abierta, con la mandíbula tal vez desencajada.

CAPÍTULO IX

Había transcurrido un mes.

Annette Feely se disponía a salir de la clínica donde había permanecido todo ese tiempo sometida a tratamiento.

Un tratamiento adecuado y eficaz que había dado los mejores resultados. Ya no padecía amnesia. Había recobrado por completo la memoria.

Pero Annette prefería, más que recordar aquel pasado que llegó a borrársele por completo, dedicar su pensamiento a…

A Stuart Dexter. La verdad es que se había enamorado de él.

Salió de la clínica contenta de su curación, de su restablecimiento, pero en el fondo triste, con la vista puesta en el suelo. Temía no volver a ver a aquel apuesto detective.

Se equivocaba.

Así que se encontró en la calle, en la acera, una voz de hombre la llamó:

—¡Annette!

Vibró de emoción, echando atrás su espléndida cabellera de color castaño claro y elevando la mirada de sus preciosos ojos oscuros.

Stuart Dexter acababa de detener su coche allí mismo.

—Sabía que hoy te daban de alta —le dijo él. Y añadió sonriendo —: Aquí me tienes.

—¡Oh, cuánto te lo agradezco…!

—No me lo agradezcas —bromeó él—. He venido porque me debes los honorarios. Anda, sube. Para que la muchacha se acomodara a su lado, Stuart echó el periódico de la mañana, que aún no había leído, en los asientos posteriores.

En una de las páginas interiores, concretamente en la página de sucesos, ponía:

«Horrendo y sangriento crimen en la localidad de Kellintton. El barón de Spellingsson mata a hachazos a una prostituta llamada Jeanet Tammers. El cadáver, hecho pedazos, aparece en un descampado…»

FIN